

8-2018

Antología de la clase

Britton W. Newman
Wofford College

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.wofford.edu/studentpubs>



Part of the [Creative Writing Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Newman, Britton W., "Antología de la clase" (2018). *Student Scholarship*. 21.
<https://digitalcommons.wofford.edu/studentpubs/21>

This Class Project is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Wofford. It has been accepted for inclusion in Student Scholarship by an authorized administrator of Digital Commons @ Wofford. For more information, please contact stonerp@wofford.edu.

Antología de la clase

Creative Writing in Spanish
Spanish 441

Clase del prof. Britt Newman

2018

Índice

Ensayos

Orlando Barrientos	“El primer día”	3
Mariana Carreño	“Cambio de escena”	7
Lydia Estes	“La oficina 2.0”	12
	“Y voy a llamarla Layla”	14
Erica Fulton	“Casados de Costa Rica”	20
Mary Burgess Harrelson	“La vida corta”	25
Bijonae Jones	“Palabras alemanas”	30
Brooke Leftwich	“Una cosa del sur”	34
Crystal Rivers	“¿Dónde estoy?”	39
Sarah Spiro	“Una historia escuchada”	43
	“Una parroquiana”	47
Eric Stanley	“Viaje solo a Nueva York”	49
	“Un sabor americano en una casa española”	53
Holly Stevens	“Encontrar mi lugar con una cebolla”	55

Relatos

Phyllicia Colvin-Panton	“Capítulos”	60
Helen Cribb	“Auténtico”	66
Lydia Estes	“Llena la botella”	71
Emma Hauser	“Una historia incalculable”	77
Sarah Spiro	“Hoy aquí, mañana ya no”	82

Ensayos

“El primer día”

Orlando Barrientos

Eran las seis de la mañana y estaba afuera sosteniendo la mano de mi madre. Podía oír el viento luchando con los arboles. Hacía mucho frío y el sol todavía no se había levantado, ni tampoco los animales. Todo estaba en silencio. Mis ojos se sentían pesados, pero cada vez que mis ojos trataban de cerrarse lentamente mi madre me sacudía la mano para que me despertara. Y luego lo pude oír. No pude ver nada, pero sabía que estaba cerca. Cuanto más tiempo pasaba más ruidoso se oía. Un sonido como si un avión se estuviera despegando desde del suelo hacia el aire tan alto, y luego lo vi. Cuanto más se acercaba más cerca me ponía a mi madre y más fuerte le sostenía la mano. Yo sabía que era porque veía sus luces parpadeantes que estaban encima. Al fin llegó en frente de mi casa. Se paró el gran autobús amarillo con un chillido que venía de las llantas viejas. Un sonido que cuando sonó lastimaba mis oídos. Miré a mi madre con una cara de miedo y ella me miró con una cara brillante y una sonrisa que me abrazó y me hizo sentir seguro y a salvo. Aunque nada salió de su boca, vi sus ojos y sabía lo que me estaba diciendo, “Todo va a salir bien mijo”. No quise soltar la mano de mi madre, pero ella me empujó hacia el autobús. Con miedo empecé a caminar.

Hice mi caminata al autobús amarillo con mi cabeza abajo mirando al suelo y luego la puerta alta y grande se abrió enfrente de mi. Detrás de la puerta había una conductora muy grande y gordita con pantalones vaqueros y una camisa azul que decía “District 6”. La conductora se veía como si ella no tuviera miedo a nada y como si tuviera la fuerza de un soldado. Me quedé congelado en la mera entrada por lo que pareció una eternidad. Me dijo algo la conductora, pero no pude entender lo que me dijo, y me trajo de vuelta a la realidad. Levanté mi cabeza y mis ojos se conectaron con los ojos de ella. Su mirada me gritó y no había una

sonrisa. Aunque no entendí lo que me dijo de primero, sabía lo que quería que hiciera solamente con su mirada. Su mirada me decía que me subiera rápidamente y me sentara. Bajé mi cabeza y paso por paso subí al autobús y pasé por la conductora hasta que llegué al pasillo central y parecía que el pasillo del autobús seguía por millas. Decidí sentarme tres asientos detrás de la conductora para que no me viera por su espejo y también porque no conocía a ninguno de los otros niños que ya estaban adentro. El viaje era muy largo. Tenía ganas de dormirme, pero no tenía ganas de cerrar mis ojos.

Uno por uno recogíamos a los niños de sus casas hasta que pensé que estaba seguro de que ya no había espacio para más niños, y cada vez oíamos el chillido del autobús cuando se paraba. Dimos la vuelta a un edificio y no era una casa, en ese momento estaba seguro de que habíamos llegado al fin. Miré por la ventana y la escuela era grandísima. Más grande que la que había asistido en México.

El autobús se paró y otra vez oímos el chillido que venía de las llantas viejas. No sabía lo que iba a pasar ahora hasta que se empezaron a levantar y se pusieron en línea los otros niños para salir del autobús. Decidí que era mi turno levantarme y me puse detrás de unos de los muchos niños de pelo rubio. Uno por uno los niños se bajaron y yo sólo seguía al niño enfrente de mí esperando hasta que llegáramos a la puerta. Con cada paso que tomaba hacia la puerta mi estomago se sentía peor. Extrañaba la seguridad que me daba mi madre. Llegamos a la puerta y la conductora y tuve esperanza de que no me dijera nada cuando bajara del autobús. Bajé y toqué el piso cuando de la nada gritó la conductora,

“Have a good day at school little ones!!”.

Salté y ya mero me hice el baño porque pensé que estaba en problema, pero ella no me siguió, pues seguí caminando. Seguí a los otros niños americanos y traté de mezclarme con ellos

para que nadie me vería diferente y como si supiera adónde iba, pero eso no jaló. Aunque hice todo para no atraer atención todavía se sentía como si todos estuvieran viéndome desde lejos de todos los lados. En cada lado que miraba había unos ojos viéndome. No estaba a salvo en ningún lugar. A lo mejor era porque mi tono de piel era más oscuro que el de ellos o a lo mejor que el pelo de ellos era el color de la arena al lado del mar y mi pelo era lo más oscuro posible o los ojos de ellos se veían como el mar azul y los míos como el lodo de la tierra oscura, pero lo que sí sabía seguramente era que yo era muy diferente comparado a ellos y no había nadie como yo que yo viera.

Seguí caminando con mi cabeza abajo mirando al suelo hasta que entré a la escuela. Al fin me sentí un poco menos incómodo, porque muchos estaban ocupados hablando con sus amigos y buscando sus clases, pero yo como quiera no sabía lo que estaban diciendo. Era un idioma que no sabía. No sabía lo que estaban hablando, pero lo único que vino a mi mente era que estaban hablando de mí. Me sentí incómodo otra vez. *¿Cómo pudieron hacerme esto mis padres? Yo estaba contento en México con mis amigos. ¿Por qué tuvimos que venir a este país donde no sabemos el idioma y no conocemos a nadie? ¿Por qué me tienen que poner en una escuela donde no tengo amigos y no conozco a nadie? En un lugar donde ni sé cómo decir que tengo que ir al baño.* Estaba asilado. Era como si fuera un fantasma y nadie supiera que estaba alrededor de ellos. Yo caminaba y ellos seguían charlando. Estaba completamente solo.

Muchos empezaron a entrar a sus clases y yo todavía no sabía dónde estaba mi clase. Mi corazón empezó a palpar rápidamente y empecé a sudar. El lugar se sentía como si se hubiera hecho más grande y yo más pequeño como una hormiga. Seguí buscando sin saber en realidad lo que buscaba. Ya no podía más. Mis ojos se pusieron llorosos. Cuanto más trataba de controlarlo, más quería llorar. Necesitaba a mi madre. Quería que me cuidara y me dijera que todo iba estar

bien. Decidí buscar un baño para poder encerrarme hasta que mi madre viniera por mí. Estaba buscando el baño frenéticamente cuando escuché a una mujer. Di la vuelta. Mis ojos estaban llenos de lagrimas, así que me limpié la cara con mi camisa. Levanté mi cabeza y fue entonces cuando vi a la señora que me había llamado. Era una mujer del mismo tono de mi piel que yo.

“Hola mijo, ¿estás bien?” me preguntó en español acercándose a mí.

Estaba un poco sacudido y confundido porque no había escuchado español desde que me fui de la casa. No sabía si ella era parte de mi imaginación. No respondí y me preguntó otra vez,

“¿Estás bien, mijo? ¿Qué pasa? ¿Cómo te llamas?”.

Estaba muy sorprendido porque alguien me había hablando en español y le dije que me llamaba Orlando y que no quería estar aquí y quería ir a mi casa con mis padres. Ella dijo que no me preocupara, que ella me iba a ayudar y extendió sus manos como si para darme un abrazo. Lentamente fui a ella y me dio un gran abrazo. Tomó mi mano y empezamos a caminar. No sabía adónde íbamos, pero con ella agarrando mi mano yo tenía un poco de fuerza, una emoción que desde que me fui de la casa y me subí al autobús amarillo no había sentido. Caminamos un poco más y paramos enfrente de una puerta de una clase.

La señora dio una vuelta hacia mí y me dijo que se llamaba Mrs. Bennett. Me dijo que ella me iba a ayudar con la transición de México a los Estados Unidos. Todavía tenía dudas y tenía miedo y Mrs. Bennett pudo ver eso. Se acercó otra vez para sostener mi mano temblante.

“Todo va a salir bien mijo,” me dijo.

Me acordé de la mañana y de que ésa fue la misma cosa que me había dicho mi madre. En ese momento me sentía como si mi madre estuviera agarrando mi mano y como si hubiera sido mi madre la que había dicho eso. Por primera vez en ese día me sentí a salvo. Levanté mi cabeza, le di una sonrisa y entramos a la clase.

“Cambio de escena”

Mariana Carreño

Él miraba la iluminación de mis ojos mientras le revelaba mis deseos para la Navidad. Cosas tan ridículas que yo sabía que nunca podría tenerlas. Aun sentía que la esperanza triunfaba mientras me sentaba en su pierna. Su traje rojo resaltaba la pureza de su barba y cabello. Su párpado inferior se acercaba a la superior mientras las esquinas de su boca subían. Él miraba cómo los nervios en mis dedos eran traicioneros cuando tocaba las canciones que él me enseñó por varios meses. Él siempre fue tan paciente cuando mis dedos torpes se tropezaban en las teclas y nunca rodó los ojos en respuesta a mi fracaso. Él estuvo presente la primera vez que toqué enfrente de jueces que me juzgarían por cualquier nota mal tocada. Él era el único que notó que me equivoqué, porque él me escuchó mientras yo practicaba por horas. Él se sentaba junto a mí para ayudarme en cualquier instante. Aun así, me dio un abrazote cuando lo fui a encontrar entre la multitud de personas. Él nunca me falló y siempre fue como mi tercer abuelito que me mostraba amor y apoyo.

Siempre me ofrecía su hombro y por un tiempo, yo fui su pariente. Mis pies se movían con ansiedad de llegar pronto y verlo. Al verlo, sentía mi cuerpo lleno de paz mientras me sentaba en su sillón, el que llevaba evidencia de las travesuras de las uñas y dientes de Samy, su perro. Lo visitaba cada semana- a acompañar a mi mamá a limpiar su casa o a practicar el piano. Cada vez, después de terminar de limpiar o practicar, nos sentábamos a platicar. Si iba sin mi mamá, nos sentábamos por mucho tiempo, y más de la mitad de las veces, pensaba, “¡Ya son las siete! No puede ser. Ese reloj debe estar adelantado o corriendo dos veces más rápido de lo que debería.” Las dos horas que pasaba sentada en el sillón tenían que ser mentira.

Platicábamos de muchas cosas: del ukulele, mis clases, el fut, el colegio, Samy, el cambio de hora, su árbol de higo, y de cualquier cosa que se presentaba en el momento. Lo que más me gustaban eran sus historias de cuando era muchacho. Fue tan diferente su niñez a la mía, pero al mismo tiempo, podía comprender muchas de sus emociones. Mis carcajadas escapaban de mi garganta, la ansiedad corría por mi cuerpo, y a veces, una presión se formaba en mi frente y lanzaba lágrimas hacia mi barbilla. Yo sabía cómo escuchar sus historias con mucha atención y sin distracción. Pensaba que tenía que escuchar lo que él decía porque pensaba que la sabiduría reinaba en sus pensamientos.

Después de nuestras pláticas interesantes, yo regresaba a mi casa dónde el olor de los frijoles en la hoya me atraía a la cocina mientras mi madre se molestaba con Ignacio por serle infiel a Mariela en su telenovela favorita.

“No manches,” decía ella.

“Ay Amá. ¿Ahora quién le fue infiel a quién?” le pregunté.

“Otro menso. Pues cómo te fue con Santa?” me preguntaba.

Yo siempre le sonreía y ella sabía que me la había pasado bien. Me la pasaba increíble en su casa. No es que la casa de él me gustara más que la mía, pero había algo de la casa que me relajaba.

Me encantaba la manera en la que su casa, aislada, junta a las montañas sin ninguna pauta estricta, se miraba bajo los rayos del sol que penetraban los huecos de las ramas. Por la ventana, la escena no se quedaba atrás. Era una escena llenísima de los colores del arco iris; especialmente azul, amarillo, y verde. El césped corría para abajo por la colina donde estaba la casa. Fuera cualquier temporada, la escena seguía siendo espectacular, como de película. En vez de ruidos mecánicos de transportación, escuchaba ruidos lindos y melódicos. Mis ruidos

favoritos eran los píos de las aves que se pasaban reciprocando los colores de la primavera. Me encantaba ir a mirar los colores, las montañas, y si tenía suerte, alcanzaba a mirar una venada con sus chilpayates siguiéndola adonde fuera y haciendo lo que hiciera.

Con el tiempo, la distancia entre nosotros fue creciendo. Empecé a asistir a mi universidad, y allí aprendí mucho sobre las relaciones y el disgusto entre grupos en mi familia humana. La guerra, el racismo, y la discriminación en la sociedad eran más claras para mí. Todo lo que aprendí hizo que mi regreso a su casa en el otoño del 2016 fuera distinto. Él estaba en el proceso de mudarse a otra casa. ¿Por qué se iría de una casa tan perfecta y tan tranquila? Se mudó a una casa rodeada de casas muy similares y sin ningún aspecto de originalidad. Todas con un buzón del mismo color y con un tipo de letra idéntica a la del vecino. Todas con la entrada de coches en la parte derecha de la casa. A una casa con menos colores y con los colores que quedaban bien con los de las casas que la rodeaban. Subí las escaleras y llegué a la puerta oscura con una mirilla muy pequeña. Linda y muy lujosa, pero una puerta muy oscura.

Presioné el timbre y al instante el ladrerío de Samy penetró la puerta. La perilla de la puerta empezó a hacer ruidos y bailó un poco. Después de unos segundos, mi abuelito me abrió la puerta y entré a saludarlo con un abrazo fuerte. Sus abrazos siempre eran tiernos. Sentía su calor y una protección cuando me tomaba en sus brazos. Al fin, me invitó a pasar y a mirar su casa. Era linda. El techo era más alto que el de la otra casa. La cocina abría a la sala con poca división entre los dos espacios, dándonos acceso a la comunicación con su esposa cuando entró por un vaso de té dulce. La casa me abrumó con un olor a muebles nuevos y a madera recién cortada. Me gustó el olor, pero todo era demasiado diferente.

Nos sentamos y observé su sala. Aún había cajas abiertas en la esquina de la sala. Al lado estaba una silla con libros apilados, uno sobre otro. Sólo estaban unas pocas cosas arregladas y

en su lugar. Una era nuestra foto, la que nos tomamos en mi quinceañera. No pude resistir mis músculos que formaron una sonrisa. Empecé a recordar nuestras pláticas y los lindos recuerdos que se quedaron en la casa vieja. Una nostalgia inundó mis emociones y no podía creer que se mudara a una casa tan aburrida y que se degradara a una casa tan típica, tan cerca de una autopista, donde era fácil de escuchar la prisa de los carros en la 292.

De repente, mi mirada se tropezó con algo que me congeló. Un folleto. Un... un folleto con información sobre una persona que había causado mucho rencor en los corazones de unos estadounidenses. Clavé la mirada y por unos segundos el tiempo se congeló. Tenía que ser algún error. No era posible que ese folleto estuviera en la casa de mi abuelito. Era sobre un señor que ofendía a personas de diferentes raíces y que influía en los ciudadanos a hacer lo mismo. Influía en las expresiones que causaban tristeza y rencor en los corazones de muchas personas. Instigaba a muchas personas a decir palabras que lastimaban y que destrozaban relaciones entre personas. Lo único en que podía pensar era que ese hombre ya había influido en mi maestro, mi amigo, mi abuelito.

Sentí un escalofrío, pero... este folleto, en la casa de una persona que me había dicho que me quería a mí y a mi familia como si fuera suya. Hablé mecánicamente. Me platicaba de los días que había tenido y de unas historias que me tendrían que causar risa. Me reía, pero no era igual. Me sentía tensa. No sabía cómo calmarme. Al fin llegó el momento que me mostró su cambio.

- ¿Cómo les va a tus papas en el proceso de obtener su residencia legal?

Al fin. Este señor al fin me contestó la razón de la presencia del folleto. Sentí mi cara pálida. Mis uñas presionaron mi piel al escuchar su pregunta. Ya no sentía la tranquilidad de estar con él. Él nunca me había preguntado nada así. Estaba con un desconocido, una persona

muy distinta a mí. Quise irme. No. Sería grosero de mi parte, y sabía que eso no sería la respuesta adecuada. Me tragué el disgusto que se iba formando en mi boca.

- Van progresando.

Después de contestar, traté de entender por qué me afectó tanto. Con todo lo que aprendí en los meses en los que estaba en la universidad, sabía que muchas personas nos volteaban la cara a mí y a mi familia. Es sólo uno más que piensa que no deberíamos de estar aquí, trabajando y apoyando a nuestra familia como ellos lo hacen. Pero era él. Al que yo quería tanto. El que nunca me defraudó... hasta ese momento. ¿Será que reaccioné mal? ¿Quizás no lo dijo con mala intención? De todos modos, me hizo cuestionar sus emociones y las palabras que me había dicho por tantos años.

Quizás yo cambié. Quizás la tensión del mundo me había afectado y mi reacción fue irracional. Eso será algo en lo que deberé de mejorar. Desde que eso me pasó, nos hemos mantenido en contacto. Cada noche nos mandamos un texto diciéndonos las buenas noches y él sigue diciéndome que agradece mi amistad y que me quiere mucho. Actuó como si no hubiera cambiado nada, pero para mí, cambió mucho. No creo que él entienda eso. Quizás no tomó el tiempo de conocernos bien y de querernos. La verdad es que nunca le pregunté ni le mencioné el tema otra vez. No sé si lo sabré algún día, pero no puedo dejar de pensar en su pregunta cada noche que su nombre alumbra mi teléfono.

“La Oficina 2.0”

Lydia Estes

Ya no prestaba atención a la gente llamándome, *mzungu*—persona de piel blanca. Cuando los conductores de las motocicletas—*boda-bodas*—empezaron a reconocirme, ya no quedaban mirándome. Los hombres y mujeres en el mercado se dieron cuenta de que me gustaba traer mi propia bolsa de cañamazo para llevar los vegetales y las frutas—que no necesitaba una bolsa plástica. A veces mi hombre favorito, el más conocido, recordaba las cosas usuales que cada semana compraba. Él colectaba la cantidad correcta de bananas, una piña, seis calabacines, cuatro manzanas, dos cositas de crema de coco, todo esto mientras buscaba el dinero y compraba las cebollas de la chiquita que me llamaba *dada*—hermana. El mercado al aire libre proveía la mayoría de los bienes esenciales, pero tenía que salirme del laberinto de pirámides de manzanas y tomates. En las calles, los chicos que trataban de vender productos baratos empezaban a reconocirme también y nada más me ofrecían sus productos; me saludaban con la mano cuando caminaba por el otro lado de la calle para comprar el yogur, el cereal, y el chocolate de la tienda.

Como en estos quehaceres de la vida diaria, mi tiempo trabajando con una ONG en Tanzania exigía el tiempo para formar estas relaciones familiares. Hay una razón, entonces, por que *La oficina* es un programa de tele tan popular: la mayoría de la gente en los Estados Unidos que trabaja en una oficina entiende la dinámica particular de las oficinas y cómo esperar el momento en que estas relaciones se realizan. Todo el mundo conoce a un Michael Scott. El Michael Scott mío en Tanzania era el director ejecutivo inglés cuyos comentarios a veces eran inapropiados para contar como el CEO. No tenía una Pam que dibujara detrás del escritorio,

pero tenía una compañera que se llamaba Aggie. Aggie era amable, elegante, útil y esencial a la función de la oficina.

Como otra parte integral de la cultura de oficina, la comunicación en Tanzania dependía de WhatsApp. Yo tuve que añadir a todos mis compañeros como contactos para facilitar los proyectos y mandar instrucciones. Un día, un hombre, quien tiene una esposa, me mandó unos mensajes de videos extraños. Sus mensajes por las noches no tenían nada que ver con nuestro trabajo y eventualmente yo tuve que confrontar a mi director. El Michael Scott mío me dijo, “Es tanzano, es lo normal.”

Muchas escenas de *La oficina* ocurren en la sala de descanso—y las mías también. Pero la de mi oficina era al aire libre. De verdad, no era nada más que unas sillas y una mesita plásticas que Mama Fredy movía a la cocina—donde ella preparaba el almuerzo durante el día—cada noche. En Tanzania, muchas de las compañías proveen el almuerzo porque, como en las escuelas, es típico que un trabajador—o estudiante—no puede permitirse la comida. Durante mis diez semanas en Tanzania, yo ansiaba el momento cada día cuando Mama Fredy decía *karibu chakula*—la comida está preparada—y todos de mi oficina cerraban las computadoras para pasar tiempo debajo del árbol de aguacate que crecía en el centro de la propiedad.

“Y voy a llamarla Layla”

Lydia Estes

Resulta que conocí a Zainab Bhagat antes de que nuestro tiempo en Wofford empezara oficialmente. Ella y yo fuimos entrevistadas para una beca en el marzo de la primavera antes de nuestro primer otoño en Wofford, y puedo recordar claramente mi primera impresión de ella—o, por lo menos, de su madre. Su madre llevaba una *rida*, que es una palabra que aprendí trece meses después de verla por la primera vez. Las mujeres musulmanas de la secta Borha llevan la *rida*. Está en dos partes: una falda larga que cubre los pies y una blusa que tiene la forma de un poncho y además tiene una capucha que, en esencia, es el *hijab* que cubre el pelo de la mujer.

Un año después de ver la *rida* de su madre, aprendí de la *salwar kameez*. En noviembre de ese primer otoño, había solicitado una pasantía—en Tanzania. Zainab la había solicitado también, y ella y yo fuimos aceptadas por el programa. Recibimos el anuncio al fin de enero. Yo estaba en la playa para el fin de semana; puedo recordar la vista del muelle, donde escuché el *ding* del correo electrónico nuevo que incluía las felicitaciones y los detalles, que todavía representa para mí el momento en que yo entendí todo lo que cambiaría de mi vida. Quiero decir que la primavera siguiente sería instrumental a la fundación de mi amistad con Zainab.

Por la mayoría del primer año de escuela, nos reconocíamos pero no pasamos mucho tiempo juntas. Pero nuestros planes compartidos para el verano—pasar 10 semanas en Tanzania juntas—cambiaron eso. Trabajábamos en un manifiesto y una lista de lugares para visitar por los fines de semana. Y también había recibido una invitación a una boda hinduista que me exigía llevar ropa tradicional. Le mencioné la invitación a Zainab y ella insistió en que yo pidiera prestado sus vestidos especiales, sus *salwar kameez*. Como la *rida*, es algo específico a la ropa musulmana para las mujeres. Consiste en una túnica larga, pantalones flojos que combinan la

túnica, y una faja ubicada encima del hombro derecho. En la boda, había una mujer india empleada específicamente para arreglar la ropa cultural de los invitados.

Zainab no practica el hinduismo, pero es de India, entonces sus vestidos eran de colores y diseños similares a las hinduistas que yo vi en la boda. Este nombre de la ropa—*salwar kameez*—fue la primera cosa que yo aprendí de ella, la primera cosa de su cultura, su vida, que ella compartió conmigo también. Zainab me enseñó que Moshi, el pueblo en donde estaríamos trabajando, tiene dos religiones principales: el cristianismo y el islam. ¿Mi primer pensamiento? Que nunca había vivido en un lugar donde la mayoría de la población no practicara el cristianismo.

Al principio de junio, el grupo salió para Tanzania. Nunca había volado por tantas horas ni salido de los Estados Unidos por tantas semanas, entonces encontré consuelo en leer la literatura de Aerolínea Etíope mientras me senté en el avión. Debajo del menú, había una nota de pie de página que clarificó que la comida era *halal*—estaba de acuerdo con la ley islámica. Debido a mi nueva amistad con Zainab (conozco a otros musulmanes, pero no en una manera así) o debido a mi anticipación de esas diez semanas—no estoy segura de cuál es más cerca de la verdad—la nota me interesó mucho. ¡Nunca había tenido que pensar en si mi comida era halal o no! No podía imaginar un vuelo tan largo sin suficiente comida porque mi religión no permitiera comerla. Me sentía culpable porque había vivido diecisiete años con este privilegio. Yo miré a la gente alrededor de mí y las diferencias en la estructura de sus caras y el estilo de su ropa. En ese momento, yo estaba tan agradecida de que Zainab y los otros tuvieran la posibilidad de, por lo menos, no preocuparse por la comida durante unas pocas horas.

Ramadán había empezado recientemente cuando llegamos a Tanzania, también. Era fascinante escuchar la llamada del rezo al anochecer cuando lavaba los platos de la cena. Por

otro lado, era difícil organizar un taxi a un restaurante para cenar cuando la mitad de la gente en el pueblo estaba en la mezquita para romper el ayuno—incluyendo a los taxistas. Yo vivía los desafíos de Ramadán a través de Zainab y sentía su entusiasmo por “la noche de mil rezos” que representa la *miraj* cuando Muhammad recibió sus revelaciones de Alá. Practiqué pronunciar ¡*Eid Mubarak!* cuando Ramadán terminó y todos los musulmanes celebraron el ayuno final. Yo estaba aprendiendo del lado de su vida que Zainab había protegido.

Zainab y yo fuimos a Zanzíbar para nuestro primer viaje de fin de semana. Zanzíbar es una isla que es parte del territorio tanzano. Es un lugar de los sueños: hay restaurantes que se posan en las rocas en el mar, el agua brilla con un color transluciente, las piñas son las más deliciosas, y se puede ver la puesta del sol desde la cama en la cabaña. Allí, todo el mundo cree en Alá. Entonces, con cada saludo, practiqué mi árabe: ¡*as-salaam alaikum!* Fue un fin de semana demasiado corto, pero fue la experiencia más bonita con la gente más hermosa.

...

Eventualmente, las diez semanas en Tanzania pasaron. Regresamos a Wofford para vivir juntas como compañeras de habitación. Decidimos esto antes de salir para el verano—tuvimos suerte que Tanzania nos hizo a Zainab y a mí tan buenas amigas a través de la alegría y miseria compartida. Había visto partes de su vida íntima, pero no sabía qué esperar. ¿Le molestaría a ella el sonido del Keurig que prepara mi café cuando ella rezara encima de su alfombra de oración cada mañana? No lo sabía.

En el otoño yo tenía una clase de la literatura mundial. Después de acostumbrarme a los rituales de Zainab y pasar por encima de ella para obtener mi K-cup (para que yo pudiera completar mis rituales que incluyen la primera taza de café), aprendí rápidamente que Zainab es un recurso irremplazable. Leí unos poemas por poetas musulmanes y cuentos por autores árabes,

y Zainab y yo discutimos la representación de literatura árabe en los currículos de varias universidades.

También, yo pensaba en mi fe cuando miraba a ella dedicar unos minutos para hablar con Dios o hacer el rezo de la mañana. Anteriormente, sentía mucha confusión y estaba incómoda declarando mi fe, que contradice la suya. Cuando estábamos en Tanzania, pensaba mucho en la religión mientras bebía mi café por las mañanas de los domingos, cuando las campanas y la llamada de rezar sonaban simultáneamente. Zainab me había explicado que el islam no decreta que el cristianismo sea menor ni falso. Los musulmanes creen que Muhammad era *el* profeta; Jesús era un profeta también, pero su resurrección no ocurrió, sino que Jesús era inmortal y todavía subió al cielo. Es muy difícil circunnavegar este laberinto de detalles, pero a pesar de vivir con una musulmana, he reconciliado mi fe *gracias a Zainab*. Dos mujeres con experiencias tan diferentes y dos nombres diferentes para nuestro Dios y, después de todo, somos más similares que la mujer que vive al fin del corredor.

Sería negligente escribir un ensayo dedicado a una mujer tan inteligente, hermosa, trabajadora, y musulmana sin una confesión: leo las noticias de actos violentos por musulmanes extremos y no sé qué piensa Zainab de los artículos. Quiero creer que le conozco bien, pero todavía no comprendo su perspectiva de esas malas representaciones de su religión. Pienso que nunca podré entenderla totalmente—porque no soy musulmana.

...

Es cierto que Zainab y yo nos conocimos antes de que nuestro tiempo en Wofford empezara oficialmente, pero hay otra persona que conocí muy temprano en mi tiempo en Wofford. Él, mi mejor amigo, me ha llamado Lyla desde el primer día.

Yo estaba caminado con mi compañera del año pasado cuando ella, quien se llama Megan, me exclamó, “¡Allí están Braden y Katie!” Nos sentamos con el grupo de otros estudiantes nuevos en un círculo de sillas. Todos se presentaron, pero nunca puedo recordar los nombres.

Entonces, le miré a Braden y le pregunté, “Te llamas Brandon, ¿no?”

Él, quien se ha convertido en mi mejor amigo, me respondió, “¿Brandon, en serio? Pues, *Lyla* será tu nombre nuevo.”

El nombre es parte de otra relación íntima que ha formado mi identidad. Creo que los apodos pueden significar mucho. Mi otro apodo que mi familia usa es “Dia”, corto por Lydia, pero existe gracias a una chica con síndrome de Down. Ella no podía pronunciar “Lydia” cuando éramos jóvenes, así que “Dia” se quedó. Firmo todos mis mensajes y correos electrónicos a mi familia con este nombre, y mi madre siempre me dice que soy su día, el sol que trae el próximo día de luz brillante.

En la primavera, decidí tomar una clase del arte islámica debido a mi amistad con Zainab o mi interés en el arte de otros partes del mundo—como con la comida halal, no estoy segura de cuál es más cerca de la verdad. Sin embargo, he encontrado aspectos tan fascinantes: el *sufismo* es una colección de creencias dentro de islam que enfatiza el deseo para la belleza y cómo este deseo refleja el deseo para conocer a Alá. Mujnun es un personaje de la literatura persa que anhela el amor de una princesa que se llama Layla, y los cuentos de Majnun y Layla son interpretados por el sufismo. Todo es interesante, pero lo que me llamaba la atención era la semejanza entre Layla y Lyla como nombres. Un día, averigüé el significado de Layla en árabe: significa “noche”. Mi apodo familiar suena como la palabra española, “día”, y mi otro apodo suena como la palabra árabe, *layla*, que representa “noche”. ¿Cómo es posible ser una mujer con

varios nombres que tienen significados opuestos? Ser el día y la noche es ser lo masculino y lo femenino, la claridad y la oscuridad, la alegría y la miseria. Una persona completa.

No podía estar segura del futuro cuando caminé a través de la terminal para empezar mis diez semanas en Tanzania. No podía estar segura de que el sonido de mi Keurig haciendo mi café cada mañana no molestara a Zainab durante sus rezos. Pero aquí yo estoy, aprendiendo más de ella con cada pregunta, cada almuerzo con sus padres en el piso de nuestro dormitorio cuando ellos visitan algunos sábados. Hace un año, sólo sabía una palabra árabe: *salwar kameez*. Ahora, puedo saludar a Señora Bhagat en frases árabes. Señora Bhagat—vestida en su *rida*—y yo hemos hablado de la boda de Zainab y las varias *salwar kameez* que necesitaré. A veces, Zainab y yo imaginamos la boda mía como una boda india debido a mi gran familiaridad con la cultura. Aunque no hemos hablado más lejos, por supuesto entendemos que los niños suceden. Un día, espero dar a luz a una hija, y voy a llamarla Layla.

“Casados de Costa Rica”

Erica Fulton

Nunca me habían gustado los frijoles que mi abuela cocinaba, pero cuando fui a Costa Rica, casados y gallo pinto eran opciones de cada menú. Había otras opciones para comer que podría escoger, pero yo elegía casado con huevos para cada desayuno de los dieciséis días que estaba en el país porque había ido a otro país para escapar la cultura americana y sumergirme en otra por algunas semanas.

La primera vez que pedí el desayuno tradicional fue la primera mañana después de la noche en que nuestro grupo llegó. Me levanté al ruido de pitos suaves en las calles y la luz del sol que iluminaba el cuarto. A pesar del clima tropical de Costa Rica, hacía un poco de frío y me sorprendió sentir las baldosas frías tocando mis pies cuando me levanté de la cama. El cuarto era muy pequeño. Yo dormía en la cama intermedia de las tres y no había mucho espacio entre ellas. Nadie dormía en la cama enfrente de la puerta pero mi amiga dormía en la cama enfrente del baño. Las paredes parecían más naranjas de lo normal cuando el sol alumbraba al cuarto, haciendo todo más brillante que los colores neutros que los normalmente eran. Tenía cuidado de guardar silencio cuando me levanté para ducharme antes de ir al desayuno porque no quería despertar a mi amiga Ellie.

Cuando estaba duchada y vestida, yo salí del dormitorio por un corredor corto y tomé un paso a la derecha hacia al comedor. La mitad del comedor estaba bajo un techo y la otra mitad no estaba cubierta, así que podía ver el sol y pocas nubes que estaban flotando en el cielo. Llegué a la mesa bajo de la parte cubierta donde se sentaban Ignacio, el guía joven de nuestro grupo, y cinco otros estudiantes.

La dueña, quien también era la camarera, caminó a nuestra mesa y puso el menú enfrente de mí. La mujer era muy baja y delgada, de más o menos sesenta años. Me preguntó en una voz baja y nasal si yo quería café y zumo.

“¡Sí, por favor!” respondí mientras cuestionaba la edad que tenía la mujer pequeña, quien también era la dueña del gran edificio en que nos quedábamos.

Puse las manos en mi regazo y leí las opciones. Ella no estaba de pie a mi lado, pero sentía que ella estaba mirando mi cabeza de la mesada con ojos que mandaban ondas cerebrales para ordenar la mezcla de frijoles y arroz. Es totalmente posible que la dueña estuviera haciendo otras tareas y yo estaba en realidad un poco paranoica, pero ¿quién sabe?

Después de algunos minutos ella regresó y pedí ansiosamente el casado. Cuando esperaba por la comida yo tenía dos pensamientos. Primero, esperaba que me gustara el casado lo bastante para comerlo y no morir de hambre hasta el almuerzo ya que íbamos a subir un volcán (en serio). Segundo, no quería ofender a la dueña. Había estado en una situación así. Tuve una experiencia con la madre de mi amigo, Christopher, quien es de la República Dominicana, y ella estuvo un poco insultada cuando no terminé la comida que cocinó para mí. Habíamos llegado a su hogar en New Jersey desde Carolina del Sur y parte de la manera de expresar su agradecimiento era cocinar para mí. El problema era que no tenía hambre y cuando no terminaba la comida, ella me preguntó en una voz suave si no me gustó. Esta situación es parte de la razón en que tenía este miedo.

Como la experiencia con la madre de Christopher, yo sabía que no sería el fin del mundo si no me gustara el casado, pero aun así quería comerlo y disfrutarlo. Sabía que era una turista y que probablemente no era raro para los turistas que no les gustara comida costarricense, pero quería comer el casado para mi propia satisfacción también.

La comida llegó después de una espera corta y le dije gracias a la dueña.

“¡Que valiente eres, Érica! Usualmente nadie pide el casado. En cambio personas piden una tortilla o pan francés,” me dijo Ignacio.

“¡Así soy yo! Siempre trato cosas nuevas,” respondí con una risa nerviosa.

Pensaba en maneras de evitar comer la comida enfrente de mí. Imaginé que en algún momento un pedazo del techo caería, como lo hacían los ojos de mi cara cuando miraba a mi plato con la comida de colores extraños. Pensé en un ave volando por la parte cubierta del techo, que volaría encima de mi plato y se haría caca en mi comida. Yo podría decir, “¿En lugar de esto, está bien si tengo pan francés?” La primera situación no era probable ya que el edificio parecía de estructura sólida pero la segunda situación era totalmente posible. Sería razonable pensar que la comida estuviera asquerosa después de que un ave había hecho caca en mi plato.

Tenía una mezcla de comida que parecía algo como avena del color gris con trozos de negro en el lado derecho de mi plato. Los huevos en el lado izquierdo de mi plato eran la única cosa que no era extraña para mí. Comería los huevos porque sabía que mis papilas gustativas estarían contentas con el sabor y por lo tanto elegí probar el arroz y los frijoles. Mi pulgar y dedo índice giraban el tenedor que estaban agarrando y yo empujé el casado de un lado a otro por algunos segundos. Yo lo contemplé. No era un olor fuerte y eso era alentador. Por lo menos no había un olor malo que me diera asco.

También había una salsa del color de uniformes militares de los Estados Unidos, pero un poco más oscura con pecas de negro y rojo. Parecía aderezo italiano pero en vez de un líquido transparente con pecas pequeñas, era un líquido de un verde oscuro. No olía para nada como aderezo italiano. Olía agrio y como si fuera un poquito picante, pero sólo era una manera de decidir lo que era verdad.

Yo decidí usar este, podríamos decir único, aderezo colorido sin probar el casado básico primero. Lo salpiqué encima de la mitad y me preparé mentalmente para comerlo. El casado básico del color gris con las pecas verdes, rojos, y negros de la salsa no me pareció más bonito. Era posible que fuera unos de los tiempos en que una comida asquerosa me volaría la cabeza. Sin pensar yo lo hice con la esperanza que me gustaría. Dios mío, yo me equivoqué y me arrepentí de cada decisión terrible que había hecho. ¡Iba a morir de hambre!

¡Jaja, sólo estoy bromeando! El casado fue bueno, pero lo que hizo el casado increíble fue la salsa. La mujer no me prestaba atención ni estaba feliz que lo comiera, pero ella simplemente continuó con sus trabajos. El terror que tenía que desagradar a esta mujer era inútil. Habría sido peor si lo hubiera probado primero y no me hubiera gustado, atascada con el deber de decidir si era menos ofensiva pedir otra comida o no comerla. Bueno, aprendí en el fin que me encantaba y decidí comerlo cada mañana que estaba allí en Costa Rica. Estaba muy contenta cuando la salsa peculiar pero deliciosa era disponible también. Yo disfrutaba ser una de las únicas que siempre pedía por el casado, porque me sentía bien cuando era alabada por mis deseos de experimentar otra cultura, pero quería que otros hicieran el mismo. Puedo decir con certeza que estaban perdiendo algo increíble.

Hoy día no puedo explicar el sabor de la salsa. Era un poco salada y picante, pero no era picante como un chile ni era dulce, era un picor suave. Sólo puedo decir que ese casado era la comida más deliciosa que comí en Costa Rica, y la tristeza más grande durante el viaje en Costa Rica era cuando no había esa salsa en algunos de los hoteles donde nos quedábamos.

Uno podría imaginar el alivio que sentí cuando me di cuenta de que la comida estaba deliciosa. No sólo disfrutaba esta pieza de la cultura latinoamericana, sino que también tenía un desayuno que llenaba mi estómago y me preparaba para caminar dieciocho kilómetros por siete

horas a la parte más alta de Volcán Barva, donde no podría ver a la laguna a la causa de la lluvia y neblina. Pero por lo menos yo logré el reto difícil sin desmayarme, gracias al casado que tenía por desayuno.

“La vida corta”

Mary Burgess Harrelson

Estábamos en Grecia. Era el descanso de otoño e íbamos a Italia y Grecia. Pero empezamos en Santorini, una de las islas de Grecia. Si imaginas una isla de Grecia con las casas blancas y azules y toda la gente en ropa blanca, imaginas Santorini. Llegamos demasiado temprano y nuestra casa no estaba lista. Takis, el dueño de la casa, nos permitió que nos quedáramos en su joyería. Leímos “Takis Christakis” arriba de la puerta. Era un nombre muy cómico. Notamos que la rima no es normal en los Estados Unidos. Las cajas de vidrio fuera de la puerta desplegaban joyas de oro, plata y plástico. Muchas de las piedras eran azules como el mar y otras eran del *mal de ojo*, que es un símbolo de esa parte del mundo. Algunas de las piezas parecían muy caras y otras muy baratas. Fue divertido adivinar qué piezas eran de materiales reales y caros.

“¡Bienvenidos a nuestro pequeño rincón del mundo!” gritó Takis “Pasemos tiempo juntos antes de que la casa esté lista. Vamos en mi coche a alquilar los vehículos todo terreno.” Su cara se arrugó con una sonrisa de amistad. Sus ojos tenían la sabiduría y su piel era curtida con los años en el sol. Obviamente, él pasaba los años sin preocupaciones y disfrutaba una vida relajada porque su piel era como un bolso de cuero por los años en el sol, pero tenía manos suaves.

Nosotros cuatro nos apretamos en el pequeño coche. Parecía como si estuviéramos en el circo con los payasos. Olía como el petróleo y dulce como pan en el horno. Me senté en el regazo de Eileen y aun nuestras mejillas estaban tocándose. Desdoblamos del coche y nos estiramos en la calle cubierta de polvo. El viento tiró el polvo y estábamos cubiertas del polvo, pero no cubrió nuestras sonrisas. La brisa era fresca y traía el sentimiento de libertad.

Llegamos a una tienda que vendía motos de todos tipos a visitantes de la isla. El olor del petróleo y de la comida podrida era fuerte. No parecía como una tienda de gama alta. Había un perro pequeño y feo que se enamoró de Mateo. Cuando Mateo sentó, el perrito subió entre sus piernas: la grasa, el polvo, y la tierra quedaron en una línea en sus pantalones azul marino. Parecía como si un niño pintara con sus dedos sucios. No quería acariciar el perrito porque yo odiaba el olor de animales sucios. Si lo tocaba, olería como el perro por horas y horas. Alquilamos los vehículos todo terreno en una tienda sucia sin luz.

“¿Quieres un go kart en lugar de los vehículos todo terreno? Es más fácil de manejar. Es mi sugerencia,” nos dijo el dueño.

“No gracias,” yo respondí “tengo experiencia.” Lo que no dije es que hacía diez o más años que tuve mi última experiencia....

“Ok” respondió Takis. “¡Nos vamos! ¡Sígueme!”

Tuvimos dos minutos para practicar antes de que Takis corriera a su coche con prisa y se fuera. La situación fue cómica. No pudimos creer que yo estaba llevando tacones, pantalones jeans, un suéter hasta mis rodillas y un casco que parecía como los de los astronautas. Estaba fuera de lugar. Grité y reí el viaje entero. Cada persona en la calle nos notaba con cara confundida, pero no pude parar. Takis condujo con prisa y le perdimos con el otro vehículo.

“¿Dónde están?” preguntó Virginia que estaba en mi vehículo también. “No los veo.”

“No pasa nada,” respondí, “eso es parte de la aventura.”

La brisa quedaba en nuestro pelo. El sol brillaba con un esfuerzo que sólo la naturaleza pudo mostrar. Pasábamos a la gente en las calles desconocidas, pero pudimos adivinar quienes de ellos eran turistas y quienes eran ciudadanos. Las riñoneras eran símbolos que destacaban. No

podía oír los pájaros o el mar por encima del sonido de mi propia risa o el viento. Conducíamos rápido.

Cuando empecé a conducir, mi único pensamiento era que ninguno de mis amigos iba creer que lo manejé. Estaba fuera de mi zona de comodidad. A veces es difícil quedarme en el momento. La vida es corta y no me daba cuenta de que cada día es especial. Pero, es necesario empujar mis paredes y romper lo normal de la vida cotidiana. Por la primera vez, yo estaba completamente libre en el momento. Empujé los pensamientos de los demás fuera de mi cabeza y noté el viento en mi cara.

Llegamos a “Takis Christakis” segundos después de los demás.

“Sígueme y vamos a la casa,” nos dijo Takis.

Pusimos las bolsas en el maletero del coche y fuimos para la próxima aventura. Las reglas de las calles de Santorini eran diferentes de las de los Estados Unidos. Todos los vehículos (vehículos de todo terreno, coches, camiones, tráiler, incluyendo bicicletas) usaban las mismas calles. Pues, pasábamos tráileres tan cercanos que podíamos tocarlos. ¡Aun conducimos las motos todo terreno! ¡Uf! Por poco me perdí la pierna.

Las montañas de la izquierda eran tragadas en el mar de la derecha. Árboles eran atrofiados por el viento fuerte, pero todo era verde. Todo lo que mirábamos tenía vida.

“¡Mira!” dijo Virginia “¡Las casas blancas!”

En la montaña en frente de nosotras había casitas blancas como parte del paisaje. Parecía como si la montaña abrazara las casitas en protección. La sensación de la isla era de una vida relajada y libre. La ropa de los ciudadanos era muy relajada con mucha fábrica fina y colores brillantes, suaves, o blanco. Llevaban sombreros de la playa para proteger su piel sin debido al

reflejo del mar y arena. Nadie se preocupaba por deberes o trabajos. Si el dueño quería abrir la tienda, la abría con sus propias horas. Si no quería, no lo hacía.

Subimos una calle estrecha. Pensaba que el coche no podría escalar la calle, ni tampoco los vehículos de todo terreno. Pero no era necesario preocuparnos. Los gatos se lanzaron en frente de los vehículos y me dieron miedo: ellos eran tan rápidos y se movieron segundos antes de que pasamos el mismo espacio. Perros que se relajaban en la sombra ladraron tranquilamente para saludarnos. Ese espacio era nuestra residencia por los próximos cinco días.

Parqueamos los vehículos y trajimos las bolsas tan pesadas con regalitos de Florencia y Venecia. Ahora las calles estrechas cambiaron a piedritas que no eran planas. Mis tacones eran la peor decisión del día y casi me caí con una risa. Las casas tenían paredes, puertas, y techos compartidos. Era como un pueblo pequeño de cada grupo de casas.

Teníamos nuestro propio patio con una mesa y una vista espectacular. Pudimos ver toda la isla: el bosque, las casas en la distancia, las nubes, el mar, el amanecer, y la vida que pulsaba en la isla entera. La brisa soplaba nuestra pelo y ropa con un esfuerzo como si la isla quisiera exigir nuestra atención. La llamada era fuerte y clara.

La casita fue construida como parte de la montaña. Entramos y sentimos el aire fresquito natural. Sólo había 3 cuartos: un baño, un salón con la cocina y una habitación con otro cuarto que usamos como un closet para las mujeres. Mateo se sintió excluido, pero no pasaba nada. La construcción imitaba la formación natural de cuevas. Las rocas naturales estaban cubiertas con yeso y pinta blanca como si fueran paredes normales. La casita tenía partes o paredes raras como en la ducha: era muy grande pero mucho espacio de la ducha no era usable si no eras un enano.

Una ceremonia para nosotros durante nuestro tiempo de extranjero era que éramos los campeones de la puesta de sol. La aventura era que buscábamos el mejor sitio para mirar y disfrutar la belleza de la naturaleza y nuestra amistad.

“Voy a conducir,” nos gritó Mateo. “Es mi turno.”

Nos pusimos los cascos. Habíamos nombrado los vehículos de todo terreno dependiendo de los cascos. Los de Virginia y yo parecían como cascos de astronautas. Los de Mateo y Eileen parecían como los de equitación. Apollo y Seabiscuit nos traían otra vez a ver la mejor pintura de todo el mundo que cualquier persona pudiera ver cada noche. Había algo especial en el acto de perseguir el sol por todas partes del mundo. La vida es corta pues necesitamos explorar el mundo mientras podamos.

“Palabras alemanas”

Bijonae Jones

El verano pasado me dijeron que la ahijada de mi mamá y su familia se mudarían. Recuerdo que se me formaron lágrimas en los ojos porque se estaban mudando a Arizona y no podía verla como solía hacer. Nunca he tenido ni una hermanita, ni un hermanito, ni un primo ni nadie que estuviera tan cerca de mí como era ella. Sin embargo, ella tenía sólo dos años y sentí que teníamos un vínculo muy fuerte entre nosotras. Quiero decir que fui a su primera pijamada. Como se estaban mudando, su madre quería que bajara por un día y la llevara al zoológico para que pudiéramos pasar un tiempo juntos antes de que se fuera. Esta fue mi primera vez cuidando de un niño por mi cuenta. Como mencioné antes, nunca tuve a nadie en la edad infantil a quien cuidar. Aunque estaba extremadamente nerviosa debido a mi falta de experiencia, saber que era Zoe, la ahijada de mi mamá, hizo que todo me sintiera mucho mejor.

Su madre me dijo que recientemente compraron pases de temporada para el zoológico y que todo sería gratis para mí. Yo tendría que llevarnos allí. *¿Cómo puedo rechazar un viaje gratis al zoológico y un día con mi personita favorita?* Inmediatamente yo acepté la oferta sin pensar realmente en todas las otras cosas que vienen con el cuidado de una niña. Entonces la realidad comenzó a establecerse, comencé a preguntarme muchas cosas mientras conducía hacia su casa. *¿Qué pasa si tengo que cambiar un pañal? Ni siquiera estoy segura si sé cómo poner un pañal o qué otros pasos entran en ese proceso. ¿Qué pasa si ella hace una rabieta en el medio del zoológico? Normalmente salgo de la habitación si veo a un niño chillar y llorar. ¿Qué pasa si ella tiene hambre y nos quedamos sin merienda y no tengo suficiente dinero para comprar su comida?* Decidí llamar a mi madre y le pedí dinero. Me sentí como si estuviera llegando a la casa de un novio nuevo para nuestra primera cita. Mi corazón estaba tratando de saltar de mi pecho.

"Cálmate," me ordene.

Salí del auto, mi mente todavía estaba corriendo, pensando en todos los escenarios posibles que podrían salir mal ese día.

Todos estos pensamientos llegaron a su fin cuando estaba parada en los escalones de la puerta principal y por la puerta oí a la ahijada de mi mamá gritar ¡Bijonae! Instantáneamente sonreí y abrí la puerta mosquitera para darle un abrazo de oso lo más grande que se puede darle a un niño pequeño sin aplastarlo por completo. Cuando entré en la casa, Zoe agarró mi mano y me llevó a la mesa donde tenía lápices de colores y papel extendido por toda la mesa.

"¡Colorea conmigo!" dijo ella.

Siendo la artista que soy, me sentí alegremente y comencé a dibujar elementos para que ella coloreara. Ahora, antes había visto dibujos hechos por Zoe y sabía que no eran los mejores. Sin embargo, no estaba segura de a qué edad se supone que los niños aprenden a mantenerse dentro de las líneas. Decidí que iba a enseñarle a colorear correctamente. Eso fue un fracaso. Cada vez ella coloreaba fuera de las líneas de mis dibujos y descartaba por completo todo lo que le pedía que hiciera. Después de fallar varias veces en mantenerse dentro de las líneas, decidí tomar mi teléfono y Snapchat. A Zoe le encanta Snapchat.

Zoe y yo hemos usado Snapchat antes, así que al instante dijo "perrito", refiriéndose al filtro de perros. Después de un rato de jugar con los diferentes filtros, ella comenzó a cantar aleatoriamente en alemán. Ella debe haber aprendido recientemente a cantar canciones de cuna. Su madre es alemana, y ha iniciado a Zoe en una educación bilingüe para que también pueda hablar alemán con fluidez. No entendí las palabras y comencé a grabar su canto. Sabía que estaba asombrada porque me miraba y sonreía después de cada grabación. ¿Cómo podría esta niña de dos años que apenas hablaba inglés cantar esta canción de cuna completamente en alemán? Le

pedí que cantara más y seguí grabando y elogiándola por su canto. Gran idea, ¿verdad?

Incorrecto. ¿Quién no admira a una niña de dos años que puede hablar con fluidez el alemán y el inglés? Poco sabía que estaría metiéndome en una situación completamente nueva en la que no tenía ni idea de qué hacer.

Con su capacidad de atención de dos años, Zoe rápidamente saltó de la mesa.

"¿Podemos ir a jugar a mi habitación?"

¡Bueno, claro! Estaba dispuesta a jugar a fingir princesa por un tiempo. No había problema. Zoe siempre ha tenido juguetes en la casa y cada vez que venía, me hacía jugar con su juguete favorito en ese momento. Entonces, seguí a Zoe a su habitación y me senté junta a todos sus juguetes extendidos en el suelo, tratando de adivinar y descubrir qué historias crearía con cada juguete. Sin embargo, cuando llegamos a la habitación, tomó una dirección completamente diferente, hacia su librero.

"¿Puedes leerme una historia?", preguntó ella.

"¡Por supuesto que puedo! Elige un libro", respondí con entusiasmo en mi voz.

No soy muy buena para leer en voz alta, pero siempre recuerdo a mi madre leyendo libros para niños y metiéndome tanto en ella. Yo quería probar eso. Ella corrió hacia mí.

"¡Este!", gritó.

Ella me entregó un libro de cuentos en alemán. Miré el libro y luego volví a mirarla a Zoe.

"Uhm, ¿un libro diferente?", pregunté vacilante.

"No, Bijonae, este." dijo con su dulce vocecita.

Perdí mis palabras otra vez ¿Cómo le explico a una niña de dos años que no puedo leer después de decirle que le leería un libro? No lo sabía.

No planifiqué para este escenario. Planeé berrinches, planeé qué hacer si me quedara sin dinero e incluso busqué en Google cómo cambiar un pañal. Lo que no planifiqué fue tener una barrera de idioma entre yo y una niña de dos años. No es lo normal tratar de descifrar qué palabras utilizaron incorrectamente, pero no pudieron comunicarlo. Me sentía terrible. Pensé, ¿debo ir a buscar un libro nuevo? ¿Debería volver a mi auto y nunca mirar hacia atrás? ¿Debería llamar a su mamá al cuarto? No tenía idea de cómo solucionar este problema. Oí los pasos de su madre por el pasillo. ¡Ella iba a salvarme!

Cuando entró, se dio cuenta de que Zoe sostenía el libro infantil alemán. "Zo Zo", dijo suavemente en alemán. Luego, Zoe regresó a su estante de libros y colocó el libro al lado de los demás. Pude sentir mi cara ponerse roja. ¿Realmente estaba avergonzada por una niña de dos años? ¿Debería sentirme avergonzada? Zoe miró a su madre y luego me miró y luego a su madre. La expresión de su cara lo decía todo. Sus cejas se crisparon más cerca una de la otra y sus ojos se llenaron de preguntas. Ella y su madre comenzaron a hablar en alemán. Luego comenzó a brincar de emoción y exclamar:

"¡Vamos Bijonae!"

Por la gracia de Dios, escuché las palabras "¡Sus cosas están embaladas! ¿Están listas para irse?" Su madre debe haberle explicado que no podía hablarle en alemán y luego cambió el tema al zoológico. Rápidamente me levanté, me sequé el sudor de la cabeza y corrí hacia la puerta.

“Una cosa del sur”

Brooke Leftwich

Cuando tenía dieciséis años, tuve que tomar una decisión difícil de dónde asistir a la universidad para jugar al fútbol. Tuve que mudarme del desierto de Arizona, dado que nací y crecí en la misma ciudad y en la misma casa. Quería una experiencia nueva para encontrar mi independencia, lejos de mi familia y mi zona de comodidad. Mis padres apoyaron la decisión porque ellos siempre me alentaban a enfrentar desafíos y miedos. Era una trilliza que siempre estaba con mis hermanos, así que era importante para nosotros encontrar nuestras propias identidades. Una universidad lejos de mi casa era la oportunidad para la aventura. Después de muchas visitas a universidades y conversaciones con entrenadores, sorprendí a mi familia y mis amigos con la decisión de asistir a una escuela pequeña en una ciudad desconocida: Wofford, en Spartanburg, Carolina del Sur.

En agosto del 2014, hice mis maletas y volé 2000 millas a través del país y llegué al aeropuerto de Greenville-Spartanburg. Mis padres estaban conmigo y nuestro viaje a la escuela del aeropuerto estaba lleno de:

“Madre, mira todos los árboles. ¡Todos están verdes y altos!”

Pensé en el desierto plano, donde era posible ver por millas porque no había hojas en los árboles, sólo cactus y arbustos pequeños. Después de muchos viajes a Target, mi habitación (del tamaño de una caja de zapatos) estaba completa. Estaba preparada con zapatos para el baño que tenía que compartir con diez chicas. Llegó el día que temía toda la semana, mis padres tuvieron que volar a Phoenix sin mí. Decir adiós a mis padres fue más difícil de lo que esperaba. Lloré porque quería ir a mi casa con ellos y ver a mis hermanos. Tuve dolor en mi estómago y mi corazón porque me sentía sola, confundida, y perdida. Mi primera semana en el sur estuvo llena de experiencias

nuevas, el clima horrible, protector solar, y el descubrimiento de que siempre yo llevaba los zapatos equivocados.

El primer día de práctica de fútbol fue imposible, tuvimos dos prácticas con una sesión de levantamiento de pesas en el gimnasio. Inmediatamente después de diez minutos en el campo, ya estaba empapada con sudor. Me preguntaba, *¿Cómo puedo ser? Crecí donde la temperatura era más de cien grados todos los días en el verano, y siempre estaba bien.* El clima en Carolina del Sur inmediatamente afectó mi cuerpo. Sentí que era difícil respirar en la humedad, mi pelo era un nido de pájaros, y mi piel estaba mojada permanentemente. Mis calcetines de fútbol estaban empapados también y tuve que cambiarlos antes de la segunda práctica. En la tarde cuando comenzó práctica número dos, no recibí la nota que era necesario tener un segundo par de zapatos de fútbol. El olor en mi bolsa de fútbol era cómo una bomba apestosa para los militares. Mis zapatos de fútbol tenían un olor imperdonable debido al sudor, el césped, y la suciedad que había dentro. Mi reacción inicial al sur fue que no podías escapar de la piel pegajosa, y para combatir las repercusiones de la humedad, necesitaba un segundo par de zapatos de fútbol y más pares de calcetines.

Después de una semana de fútbol, mi entrenadora nos dio un fin de semana libre. Mi equipo y yo teníamos planes de ir a almorzar juntos el sábado. Esta fue mi primera oportunidad de conocer a mis compañeras de equipo fuera del fútbol y descubrir sus personalidades. Decidimos ir a Converse Deli, un restaurante de sándwiches detrás del campus. Me di cuenta de que estaba vestida de manera diferente de mis amigas. Yo llevaba zapatos blancos llamados Vans, pantalones cortos de jean, y una camiseta: una apariencia casual. Vans eran chulos en Arizona- todo el mundo los tenía porque eran versátiles. Los llevábamos con vestidos, con bluejeans, y cuando íbamos a la práctica de futbol. Cuatro de mis amigas se veían idénticas:

tenían zapatos de tiras que nunca había visto en mi vida. *¿Qué son estos zapatos que parecen lagartos en sus pies?*

Pregunté amablemente, “¿Que son esos zapatos?”

Respondieron, “Se llaman Chacos, son zapatos prácticos y mucha gente los tiene.”

No podía entender cómo eran prácticos si te daban líneas de bronceado y estaban hechos de caucho. Mis amigas llevaban pantalones cortos de Nike con colores diferentes, pero no podías ver los pantalones porque también llevaban camisetas que eran demasiado grandes.

Mi equipo y yo ocupamos todas las mesas del restaurante pequeño. Nos reímos y hablamos cómo niñas en el recreo. Me senté con una chica de un pueblo pequeño de Carolina del Sur llamado Pickens. Tenía un acento fuerte, un sombrero del camuflaje, una camiseta, bluejeans, y botas de vaquero también. *¿Por qué está llevando los bluejeans? Parece un horno afuera pero, ¿quién soy yo para juzgar cuando mi ropa es diferente también?*

La camarera fue a nuestra mesa y preguntó, “¿Estáis listas, y'all?”

Mi compañero de equipo respondió, “¿Me pones un *sweet tea*?”

La camarera preguntó si ella quería limón con su té y mi amiga dijo, “*Yes ma'am.*”

Yo simplemente pedí un vaso de agua pero estaba atrapada en mi cabeza. *Y'all? Ma'am? ¿Sweet tea en vez de té normal? ¿Qué es este lugar?* La palabra *ma'am* me sorprendió mucho porque la única vez que yo había escuchado esta palabra fue en películas. Asumí que *ma'am* era una palabra para las generaciones mayores, pero nuestra camarera era joven, quizás tuviera la misma edad que nosotras.

Miré al menú y no conocía algunos ingredientes.

Les pregunté a mis amigos, “¿Que es queso de pimiento?”

Ellas se rieron y respondieron, “Es una cosa del sur.”

Puse mis manos sobre mi cara y me reí un poco para encubrir mi vergüenza. Luego, tuve curiosidad sobre otra comida que era indígena del sur.

Mi amiga dijo, “¿Has probado *fried okra, hushpuppies, shrimp and grits, fried catfish*?”

Honestamente, todos sonaron malos y sabía que tenía una mirada perpleja en mi cara.

Le dije, “*Espera, ¿comes shrimp y grits juntos? ¿Qué son hushpuppies? Suenan como una marca de comida para los perros.*”

¿Quién sabía que, en el mismo país, pero en costas opuestas, había tantas diferencias?

Era una chica del oeste con mucho para aprender sobre la cultura de la gente en mi país, pero de estados diferentes.

Las chicas mayores del equipo querían sentarse con las jugadoras nuevas para aprender más sobre sus vidas. Nos preguntaron sobre nuestras familias, novios, y sobre qué queríamos estudiar en Wofford. Una de las estudiantes de primer año mostró una foto de su novio a la mesa. Cuando vi la foto, estaba confundida. *Parece una foto de una boda, pero somos jóvenes, no creí que ella ya estuviera casada.* Tenía un vestido blanco como una princesa o una figura encima de un pastel de boda. También, ella tenía guantes blancos y joyería bonita. *¿Por qué nadie parece confundida?*

Una de mis compañeros de equipo preguntó, “¿Cuándo fue tu *Debutante Ball*?”

Por Dios, otra cosa que yo no sabía...

“¿Que es un *Debutante Ball*?” susurré a mi amiga.

Recibí una definición corta y pensé que el evento era un poco excesivo, pero tenía mucha tradición. No podía pensar en un evento similar en el oeste.

Más tarde, mi equipo tenía un mensaje de grupo y una de las chicas preguntó quién quería ir a la iglesia con ella por la mañana. Después de su mensaje, había otros mensajes de

cuatro chicas sobre sus iglesias. Las opciones eran una iglesia cristiana sin denominación, una iglesia bautista, una iglesia luterana, una iglesia metodista, y una iglesia católica. Me sorprendí porque en Arizona, mis amigos religiosos sólo iban a dos iglesias diferentes: una iglesia cristiana sin denominación o una iglesia católica. *Qué interesante, más opciones de iglesias aquí en el sur. ¿Por qué es así?* Esta fue mi experiencia primera con el *Bible Belt*.

Ahora, cuatro años después, estoy cerca de la graduación y de mi salida de Carolina del Sur. Estoy escribiendo este ensayo y estoy reflexionando en mi experiencia en el sur. *¿He cambiado o he mantenido mis raíces de Arizona?* Dígamelo usted. Estoy llevando pantalones cortos de Nike con una camiseta grande, y estoy pensando en el *sweet tea* que voy a tener más tarde. Pienso que *fried okra*, *shrimp* y *grits* son asquerosos, todavía no tengo ningún par de Chacos, y creo que parecen lagartos en los pies de mis amigos. Son las nueve y media de un domingo y les pregunto a mis amigos, “¿Queréis ir a desayunar, *y'all*?”

“¿Dónde estoy?”

Crystal Rivers

Estaba en la Avenida de Mayo. Era un día de octubre después de mis clases para el día, y estaba esperando el autobús para ir a mi casa. Todo había empezado como cualquier día normal: me desperté a las 7:30 de la mañana y pasé tiempo en mi celular mirando Instagram, Facebook, Snapchat, mi bandeja de entrada de correo electrónico. Yo chequeé todo como si hubiera algo crítico sucediendo en Wofford o si por arte de magia me ofrecieran el trabajo de mis sueños mientras estudiaba en el extranjero; todo esto cuando honestamente, soy simplemente un poco adicta a mi teléfono. Mi mamá siempre dice, “Tu generación es adicta a los teléfonos celulares. No pueden hacer nada sin mirar ese teléfono. Si todos ustedes pasaran tanto tiempo en las cosas que realmente importan como en sus celulares, ustedes serían más productivos.” Por supuesto nunca admití que era adicta, pero detrás de mi fachada hecha completamente de negación (porque no podemos permitir que nuestros padres tengan razón, ¿verdad?), básicamente lo era.

Bueno, finalmente salí de la cama y caminé al baño. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y me vestí. Me puse mis pendientes de plata aro y reloj de plata y fui a la cocina para arreglar mi desayuno. Como siempre, recogí la bandeja que mi mamá anfitriona siempre utilizaba para mí, un pequeño plato de cristal, un cuchillo con un mango rojo para esparcir mi mermelada favorita de la marca Arcor, damasco, y mi taza de cerámica verde. Llené el heridor y presioné la palanca hacia abajo para calentar mi café. Añadí 2^{1/2} cucharaditas de café instantáneo y añadí 3 cucharaditas de azúcar como los 38 días anteriores, y agarré un puñado de bizcochos con un glaseado azucarado encima. Comí por 30 minutos y después puse mis platos en el fregadero y yo me fui para ir a escuela. Tomé el subte como siempre y llegué a mis clases a las 8:30 de la mañana. A las 4:30 de la tarde habíamos terminado nuestras clases por el día, y fui a la

Avenida de Mayo para tomar el autobús número 29. Había pasado un tiempo desde que me había tomado el autobús a casa, así que estaba un poco confundida sobre en qué lado de la calle debía estar. Finalmente determiné el lado correcto y después de 45 minutos largos, el autobús vino. Yo subí y encontré un lugar en el pasillo dónde podría mantener cómodamente un brazo en mi mochila y efectivamente ocultar mi teléfono precioso, porque yo era una “americana rica” a fin de cuentas. Al mismo tiempo, yo estaba tratando de evitar bombardear el espacio personal de otros, lo cual es muy difícil de hacer en esta ciudad increíblemente grande.

Poco a poco el autobús comenzó a vaciar de gente. Usualmente el camino por autobús a mi barrio es alrededor de 30 minutos. Mi parada de bajar estuvo en la calle Pueyrredón o Lavalle, ambos solamente algunas cuadras de mi casa. Después de unas pocas paradas, me di cuenta de que las paradas eran un poco diferentes de lo que me acordaba de viajes por autobús del pasado. Pero cuando dije mi dirección al conductor, asintió con la cabeza "bien" y por eso me quedaba. Eventualmente podía sentarme en un asiento debido al vaciado del autobús. Continuamos, parada por parada, pero el sentimiento de que algo no estaba bien volvió cuando miré por la ventana y me di cuenta de que estábamos en el sur de la ciudad y yo vivía en el norte.

Me levanté de mi asiento y caminé al conductor agarrando las barras de estabilización mientras él sacudía el autobús como la mayoría de los conductores hacen allá.

“Permiso señor, pero necesito ir a Boulogne Sur Mer novecientos cincuenta y nueve en Recoleta. ¿Este autobús para cerca de allá?” yo pregunté.

“Sí, pero necesitas tomar el autobús en la otra dirección. Tenés que esperar a que termine la ruta y luego yo volveré por el otro camino hasta tu parada,” él dijo.

“Vale,” yo respondí.

Me senté de nuevo muy confundida. *¿Cómo sucedió esto? ¡Yo usé la app de la Ciudad de Buenos Aires como siempre para mis direcciones y se equivocó!* Sintiéndome desalentada y derrotada y miré por la ventana otra vez, pero esta vez, hice un descubrimiento muy aterrador. Estábamos en el barrio más peligroso de toda la ciudad: La Boca. La gente allá era más pobre en comparación al resto de los barrios y había mucho más crimen también.

El autobús paró una vez y continuó. *El conductor dijo que volvería a mi barrio. Todo está bien*, yo repetí una y otra vez. De repente, el autobús giró dentro de un espacio grande y continuó por un camino sin pavimentar por unos 50 pies hasta llegar a un pequeño edificio y paró. Cuando miré a mi alrededor, vi otros autobuses con el numero 29; ¡estábamos en el garaje de autobuses para la línea 29! Sólo había un hombre joven y yo en el autobús. Aturdida por la confusión, yo todavía estaba sentada en el autobús, pero el conductor me dijo que bajara.

“Pero necesito ir a Recoleta, señor.”

“Sí, sí, pero necesito que vos bajés ahora,” él dijo con frustración.

Yo bajé y él se alejó. Fue entonces cuando mi mente se inundó con una miríada de pensamientos: *¡Soy la única mujer con este hombre joven y los trabajadores! ¿Y si tratan de violarme? ¿Y si nunca llego a mi casa? ¡Estoy en la parte más peligrosa de la ciudad y no conozco a nadie!* La única cosa que sabía hacer era orar a Dios por su protección en esta situación.

Después de 10 minutos, otro conductor apareció en un autobús diferente (pero todavía de línea 29). Él abrió las puertas y el hombre joven y yo subimos. En ese momento me sentí mucho más relajada porque sabía que finalmente estaba en camino a mi casa. Sin embargo, este sentimiento no duró mucho. Todavía en las profundidades de lo que me parece el hoyo de Satanás, el autobús continuó en una manera que me parecía letárgico, aún indiferente. Yo todavía

estaba ansiosa para llegar a casa y por eso, la actitud que el conductor de autobús adoptó agitó mi ansiedad. A pesar de esto, yo sabía que yo era capaz de manejar estas emociones y como viajamos por La Boca me asusté una vez más. ¡Cuando nos encontramos con una intersección compuesta de tierra más que el asfalto, vimos a 100 pies de distancia un hombre en medio de una calle con un arma y la policía tratando de resolver la situación! ¡Qué loco! En la parte superior de mis pulmones quería gritar *¡Sólo quiero ir a casa!*

Afortunadamente después de esa parte seguimos adelante sin otras dudas en la ruta al norte de la ciudad. Parada por parada el autobús se llenó de gente y antes de que me diera cuenta, estábamos en mi barrio. *¡Ahh, mi querida Recoleta!* Nunca había estado tan feliz de llegar a casa.

Si no aprendí nada más ese día, aprendí cómo tomar un riesgo y confiar en gente de una cultura que no es la mía. En realidad, esos hombres todavía podrían haber perjudicado o aprovechado de mí. Sin embargo, mi posición en una situación tan incómoda me obligó a poner mi fe en Dios y luego en la gente con la que yo estaba. Y por supuesto, ¡me enseñó a chequear con el conductor para asegurarme de que estoy en el lado correcto de la ruta antes de que sea demasiado tarde para cambiar!

“Una historia escuchada”

Sarah Spiro

“No puedo creer que regresamos a casa mañana,” me dijo Abbey mientras salíamos con el resto del grupo de la camioneta. Estaba estacionada enfrente de la escuela abandonada que había sido convertida en un campamento de refugiados sirianos e iraquís hacía unos años. Ella tenía la caja de pasteles y unas cajas pequeñas de jugo en sus brazos, así que yo sabía que en unos pocos momentos los niños iban a correr hacia nosotros.

“Yo tampoco puedo creerlo... ¿Ves a Wisam ya?” dije.

Nos acercamos a la verja y los niños iban corriendo hacia nosotros. Antes de que Abbey me pudiera contestar, por encima de las cabecitas de los niños vi a Wisam saludándonos con la mano y una sonrisa bien grande. Le saludé con un abrazo (lo cual más tarde yo dudaría que fuera apropiado según la cultura iraquí...pero bueno).

Wisam y yo habíamos formado una amistad durante los últimos días mientras yo había estado trabajando con la iglesia Glyfada en el campamento. Nos podíamos comunicar bastante bien porque él había aprendido inglés en su universidad dos o tres años antes, e incluso ayudaba a enseñar en una clase de inglés un par de veces por semana para aquellos refugiados que no lo hablaban. Había estado en este campamento por casi dos años, y durante ese periodo, había aprendido griego también.

Cuando yo era niña, iba a los campamentos de verano por una semana en que se llenaba cada segundo con juegos y actividades de diversión. Pero estos “campamentos” de refugiados no eran así. Eran más como calabozos gigantescos de espera. Los refugiados no podían regresar a sus países, por la violencia y el peligro, pero tampoco podían salir adelante con sus nuevas vidas allí en Grecia, por falta de papeles y ciudadanía. No importaba que muchos hubieran sido

profesionales y miembros contribuyentes a su sociedad en sus países de origen. En estos campamentos, sólo podían esperar. Esperaban la noticia que la violencia hubiera terminado, o la oportunidad de ir a otro país adonde habían huido otros miembros de su familia, o simplemente esperaban la noche para por lo menos poder cerrar los ojos y salir del campamento en sus sueños. Fue en este campamento que me di cuenta, quizás por la primera vez verdaderamente, de que las cosas que veo en las noticias pasan de verdad en la realidad.

Después de charlar un rato, Wisam y yo nos sentamos en el concreto que había sido una cancha de básquetbol. Yo nunca había actuado tan tranquila en un escenario tan lleno de crisis: los refugiados con su crisis de derechos humanos, Grecia con su crisis económica, e igual yo, con mi crisis de cuarto de vida. Yo le pregunté a Wisam acerca de su historia personal de la crisis, y cómo fue que llegó a este campamento. *¿Está bien preguntar eso? ¿Los iraquíes son abiertos o más privados?* No lo sabía, pero su historia de vida me interesaba demasiado para irme y volver a los Estados Unidos sin preguntar.

Wisam se puso serio y entonces me contestó.

“Bueno, la primera cosa que tienes que saber es que los miembros de ISIS...ellos no saben nada del Corán. Nada, en lo más mínimo.”

En los días anteriores, Wisam había parecido un tipo muy relajado y positivo, pero mientras me contaba su historia, su sonrisa contagiosa desapareció como si nunca volviera. Hablaba de una realidad completamente diferente a la mía, o a la de cualquier otra persona que yo había conocido. Con cada palabra, sentía el corazón poniéndoseme más pesado.

“...y entonces, me dispararon dos veces, pero sólo me acertaron en la pierna. Por eso, camino así, como... ¿cuál es la palabra? ¿Discapacitado?”

Incliné la cabeza, y entonces Wisam miró lejos de mí.

“Pero yo tuve suerte... Mataron a mi hermano. A él...le decapitaron.”

A veces, uno escucha una canción que ha escuchado mil veces, pero un día, de repente, la letra tiene una nueva vida. En ese momento, así fue la idea de la injusticia del mundo. *¿Pero por qué le pasó a él y a mí no? ¿Cuál es la diferencia entre nosotros? ¿Por qué Dios permite que pasen estas cosas?* Imaginé por una fracción de segundo que fuera mi hermana menor, y sentí las lágrimas formando en una mezcla de indignación, confusión, y compasión.

“Wisam, ni siquiera lo puedo imaginar. Lo siento *mucho*.”

“Mira...cada persona aquí tiene una historia así,” me dijo.

“Pues, gracias por contarme la tuya. Sé que no debe ser fácil hablar de eso.”

Nos quedamos unos segundos en silencio.

“¿Sabes que tú eres la primera persona que ha escuchado mi historia? Es que...puedo notar que te importa. Tal vez por eso siento que puedo abrirme. Así que, gracias a ti por escuchar, sinceramente.”

Se formó su sonrisa de nuevo.

El próximo día en el avión, me sentaba tratando de determinar qué podía hacer yo para combatir la injusticia que habían experimentado Wisam y su familia. Yo no había podido dejar de pensar en su historia trágica. Apenas había dormido en la noche anterior. ¿Cómo podría no hacer nada y dormir mientras hay tanta gente como Wisam con historias nunca oídas y vidas que no podían salir adelante? Tenía un deseo extraño de quedarme siempre con esos refugiados, haciendo cualquier cosa para servirles y compensar en lo más mínimo por la injusticia masiva

que habían experimentado. ¿Cómo podía regresar a mi vida cotidiana en mi universidad, pasando mis días haciendo tarea y saliendo con amigos?

Sin embargo, tuve que regresar. Y de vuelta en casa, día tras día, me ponía más deprimida y desanimada al pensar del Oriente Medio y la crisis de refugiados. Es que soy una sola persona. Yo podría dedicar toda la vida a esta causa y apenas hacer mella en solucionarla. *¿Para qué fui a Grecia en primer lugar?* me preguntaba. *¿De verdad pensaba que el viaje iba a significar algo a largo plazo?*

Y entonces, se me ocurrió.

Significa algo para Wisam.

Creo que yo no había entendido de verdad hasta ese momento lo que me dijo Wisam cuando me agradeció. Él estaba tan agradecido porque yo le había escuchado, nomás.

Me quedé unas semanas después pensando en esa idea. El propósito de nuestro viaje de misión era hacer el trabajo de Dios, pero yo había estado tan absorta en mi visión de salvar el mundo que ni siquiera pensaba en la primera cosa que hace Dios para consolar a alguien que está sufriendo: le escucha. Me preocupaba tanto por cómo iba a involucrarme en la historia que me contó Wisam que no entendía que lo único que verdaderamente quería él en ese momento...era contármela.

Quizás ser *escuchado* es ser amado.

Y quizás, la parte más importante de una historia es cuando alguien la escucha.

“Una parroquiana”

Sarah Spiro

Lo que más quería cuando imaginé mi semestre en el extranjero era ser una parroquiana. No me imaginaba viajando por todos lados, ni teniendo experiencias locas y extravagantes. Me imaginaba adoptando la vida de un lugareño, mezclándome con la cultura chilena. Me imaginaba sentándome junta a la ventana en el mismo café cada mañana, escribiendo en mi diario, haciendo amistades con los empleados hasta que supieran mi orden antes de que tuviera que decirla. Así fue mi visión: quería ser una parroquiana.

Por eso, cuando llegué, traté muy duro de convertir en realidad esta visión mía. En las primeras semanas, buscaba *el* café: el que tenía un ambiente bien *hipster*, con los empleados más amables de toda la ciudad, y el café más rico que había probado en mi vida.

Y fue entonces cuando me enfrenté con el primer problema de mi visión de mi vida como parroquiana: no quería beber más café.

En Chile, creo que café podría ser un sinónimo para agua. No estaba acostumbrada a tomar más de una taza de café por día, así que me volvía loca cuando mi familia anfitriona me servía café con cada comida. La última cosa que quería hacer era comprar más café. Por eso, decidí que tal vez un restaurante pequeño sería mejor. Después de unas semanas más, encontré A Destajo. Era un restaurante chiquitito y manchado de grasa en que se vendían empanadas, de las cuales yo ya me había enamorado. A partir de ahí, empecé a visitar A Destajo después de correr un par de veces cada semana, sentándome en la misma mesa grasienta de las tres que había. Pedía La Vegetariana, y trataba de conversar con Juanita, la cajera gordita y viejita. Juanita aún no lo sabía, pero yo estaba segura de que íbamos a hacer una amistad muy fuerte durante los meses que venían. Ya podía vernos con lágrimas en los ojos el día de mi despedida.

Fue entonces cuando me enfrenté con el segundo problema de mi visión de mi vida como parroquiana: realmente, a Juanita yo no le importaba.

Me parecía que Juanita había estado trabajando en A Destajo toda su vida. Era suficientemente educada, pero parecía bien aburrida con su trabajo, y supongo que no quería expender más fuerza tratando de saber de mi vida ni contarme sobre la suya. Un mes pasó así. Otros meses. Y Juanita, todavía, no sabía mi orden. De hecho, no me había tratado diferente en lo más mínimo de la primera vez en que visité. En mi última semana, le dije que no iba a volver más ya que tenía que regresar a los Estados Unidos. Juanita sólo sonrió educadamente y me dijo, “Ah, que tengas buen viaje entonces,” mientras me daba el cambio.

Finalmente, fue entonces cuando me enfrenté con el tercer y último problema de mi visión de mi vida como parroquiana: los parroquianos son...lugareños normales. Por lo general, no vienen con metas de hacer amistades con las cajeras, sino que vienen para comer y seguir con sus días. Juanita no me trataba como si yo fuera especial, como una extranjera fascinante. No me prestaba mucha atención; era como si yo fuera una cliente cualquiera.

De hecho, al pensarlo, me trataba como...un lugareño normal – tal vez, incluso, como una parroquiana.

“Viaje solo a Nueva York”

Eric Stanley

Me desperté de mi siesta corta, unos diez minutos, al sonido del claxon de un autobús a nuestro lado. Eran las siete y media de la mañana, y ya había estado en este asiento incómodo más de una hora. El Greyhound salió de la estación a las seis de la mañana. El asiento a mi lado estaba vacío, por lo que estaba agradecido. Era mi primera vez viajando en un autobús solo, así que mis nervios estaban en el borde. Sabía que el viaje iba a ser superchungo¹, pero esperaba que valiera la pena.

La vía entre Washington D.C. y Nueva York era más tranquila que pensaba, y el tráfico era básicamente inexistente, probablemente a causa de la hora del viaje. La hora de llegada en mi billete fue las diez menos cuarto por la mañana. Tenía un día lleno de actividades, las que hay que hacer en el primer viaje a Nueva York. Estaba pasando el mes en Washington D.C. trabajando en una pasantía. Sólo tenía dos semanas en D.C. antes de irme, entonces este viaje era uno de mis últimos. Estaba muy emocionada para estar en la ciudad más conocida de los Estados Unidos por la primera vez, pero también estaba nervioso pensando en experimentar la ciudad que nunca duerme solo.

El instante que el autobús llegó a la estación de tren, me sentía incómodo. Caminar por el ajetreo y bullicio de la ciudad le pone abromado a un sureño de una ciudad pequeña. Los primeros pasos en la acera fuera de la estación fueron fatales, y hacía un frío que pela².

Caminé por las calles hacia Lower Manhattan para ver el distrito financiero y la estatua de la libertad. Las personas se vestían de moda, de todas edades y fondos. La cultura del sur es

¹ Desagradable

² Hacer mucho frío

que los hombres llevan los pantalones caquis y las chicas los vestidos de verano. Estas personas casi me parecían de otro mundo entero. Cada persona que caminaba por las calles tenía una historia diferente e interesante, pero casi nadie habla con nadie. Paré y comí una porción de pizza en una picada. La pizzería tenía sólo dos empleados y las porciones sólo costaban dos dólares cada una. Después de comer mi pizza como los neoyorquinos, doblando la porción en el medio para que las cortezas estén visibles en los dos lados, continué mi viaje por la ciudad.

Más tarde, después de ver una película solo, otra actividad interesante cuando se está solo, decidí que era hora para ir a mi habitación. Había alquilado una habitación de Airbnb por la primera vez. La habitación que alquilé parecía buena en las fotos del sitio de web. Una cama en una habitación privada. La única cosa, el piso estaba en el barrio “East Harlem”, que pensaba no era el mejor, pero sólo iba a estar acá una noche. *¿Qué tan malo puede ser?*

Elegí mi dirección en la aplicación Uber y esperé mi aventón. El conductor se llamaba Mohamed, y él era muy amable. Él tenía un auricular de bluetooth sobre su oreja, pero él nunca aceptó una llamada durante el viaje. Tuvimos una conversación amable. Él me preguntó sobre mis viajes y mis estudios y le pregunté sobre su trabajo. Él se había mudado a Nueva York hacía tres años de Canadá. Él trabajaba en una tienda de ropa durante los días y conducía para Uber algunas noches.

Cuando él vio la dirección, él me preguntó si conocía a alguien que vivía allí, porque estábamos en una parte mala de la ciudad. Mi mente cambió de inmediato y me sentía muy nervioso. Mi amigo me había dicho que no debía quedarme en este piso, pero no quería pagar mucho dinero durante mi tiempo, o prefería gastar mi dinero para comida y experiencias. (Estaba

a dos velas.³) Era un estudiante en la universidad, no un pez gordo⁴. Cuando Mohamed aparcó su Lexus en frente del condominio, mi corazón empezó a latir muy rápidamente. El hogar estaba en el quinto pino⁵ y no parecía seguro.

El condominio tenía alrededor de siete u ocho plantas, sin ascensor. El condominio me recordaba a los condominios de la serie de televisión, “The Wire”. Los condominios de ladrillo de la década ochenta siempre estaban en las series, llenos de criminales y drogas. Por eso, no estaba emocionado, y pensé en cambiar la ruta para alquilar una habitación de hotel. Mohamed me dijo que debí enviarle un texto cuando entré la habitación seguramente. Él realmente estaba preocupado por mi situación.

Cerré la puerta del coche y me acerqué de la puerta principal. Se necesitaba un código para entrar. Le envié un mensaje a el dueño del Airbnb para el código, pero nadie me respondió. Después de cinco minutos de enero en Nueva York, a las once de la noche, estaba listo para dejar este viaje. *¿Por qué decidí pasar mi tiempo en Nueva York en un barrio tan horrible que aún el conductor del Uber estaba preocupado por mí?*

Al darme la vuelta para regresar al coche, mi móvil iluminó con un mensaje de la dueña. Ella me dio el código de la puerta y me dijo, “Lo siento por la espera”. Despedí con la mano a Mohamed, me di la vuelta, e introduje el código al teclado antiguo. Un número del código era ocho, pero el ocho del teclado estaba roto, así que no sabía si lo empujé totalmente. La puerta zumbó y la abrí.

Subí las seis plantas con la mochila en mi espalda. Toqué el timbre, y una mujer rara abrió la puerta. Ella tenía muchas grandes marcas rojas sobre su cuerpo en la cara y ropa raída.

³ No tener dinero

⁴ Una persona con mucho dinero e influencias

⁵ Muy lejos

Al verla yo pensé que ella tenía una enfermedad seria y no quería tocar su mano. Su chándal y pulóver podían haber sido de mis abuelos, con marcas que no reconocía. Ella y yo nos dimos la mano (un movimiento que hice sin controlarme) y empezamos el tour de su piso, que me parecía de unos quinientos pies cuadrados. Mi habitación estaba en la más cerca la puerta principal, algo que me alivió. Entré a mi habitación con pies de plomo⁶ y vi una cama sin marco. *¡Que impresionante! ¡Tuve que subir seis plantas y ahora tengo la gran oportunidad de dormir casi en el suelo!* No importa, ya estaba en la habitación. Me cepillé los dientes a rajatabla⁷ y regresé a mi pequeña parte de Nueva York, aunque sólo por una noche.

La noche fue horrible, y pude oír cada sonido de la ciudad desde mi habitación. Me fui del piso a las ocho de la mañana y fui directamente a la parada del metro. Sí, entré al metro en el lado equivocado de la calle y tuve que pagar dos veces para montar la ruta correcta, pero a mí me importaba un comino⁸. La noche podía haber sido mejor, pero me quedé una noche en Nueva York sin ayuda, sin instrucciones de nadie. La experiencia puede parecer horrible a algunas personas, pero la pasé de maravilla⁹. La experiencia me dio confianza en mí mismo y me hizo darme cuenta de que era capaz de viajar y funcionar con independencia.

⁶ Con cuidado y precaución

⁷ Con rigor y seriedad

⁸ No importar, resultar algo indiferente

⁹ Muy bien, estupendamente

“Un sabor americano en una casa española”

Eric Stanley

“Un whopper del menú, con papas fritas y una fanta de limón, por favor.”

Pedí en la tarde del jueves. Siempre compraba esa comida los jueves. El Burger King tenía el público usual a las seis y media: el restaurante estaba casi vacío. Ninguno de los españoles comen antes de las ocho y media, pero mis padres españoles llegaban en el tren de cercanías alrededor de las siete y quince, así que el tiempo era oro.

Yo tenía el horario de los jueves planeado perfectamente. Tenía tiempo para comer y poner la bolsa de Burger King en la basura antes de que Eva y Chema llegaran. Cuando era la hora de comer, a las nueve y quince, simplemente comía un poquito de la comida y hablaba con ellos el resto del tiempo. Hoy era un día muy diferente en los resultados.

Pedí la comida como siempre y empecé a comer el Whopper antes de las siete y diez. Oí la puerta abrirse después de sólo dos bocados. Sabía que tenía pocos momentos antes de que Eva abriera la puerta. De inmediato empecé a abrir la cerradura sobre las ventanas de mi habitación. ¡Sabía mi primer día que estas cerraduras iban a ser un problema! Las persianas metales subieron como una bala disparada de un arma.

Por la gracia de Dios, el whopper cabía entre las vigas de hierro después de mis primeros bocados. Oí Eva decir “Eric, he llegado ¿cómo estás”? Sabía exactamente lo que significaba esto, tenía alrededor de tres segundos antes del abrir de la puerta. Eva nunca esperaba por mi respuesta. Con manos pesados, dejé caer mi hamburguesa. Una vista horrible, seguro.

Eva abrió la puerta y insistió en que nos abrazáramos. Al levantarme del cama, revelé la bolsa de Burger King, y patatas fritas desparramaron sobre el cama y el piso. Cuando Eva me

soltó, ella vio el mugre y su cara se convirtió a una expresión de choque. Todo esto sólo porque yo odiaba la comida que ella llamaba “arroz cubano”.

Los huevos grasientos sobre el arroz frío. Sufría esta comida los primeros meses, pero descubrí el Burger King que estaba en mi camino de escuela como un adolescente que descubre el alcohol por la primera vez. Burger King era mi pequeño secreto sucio. Pensé en empacar mis maletas en ese momento. No entendí cómo pensaba que era buena idea esconder las cosas de esta familia que me invitaba a vivir en su casa.

Cuando ella vio lo que estaba disperso sobre el piso, ella se dio cuenta de la razón por qué lo hice. Ella se ríe como una hiena. Al principio me sentía avergonzado, pero mí di cuenta de que ella solamente quería que yo estuviera cómodo. Limpiamos la habitación juntas y regresamos a Burger King el próximo día juntos.

“Encontrar mi lugar con una cebolla”

Holly Stevens

Era mediados de septiembre 2016 y había estado en España por tres semanas y tenía el mayor nivel de independencia de toda mi vida. Podía caminar sola, ir a un café, ir de compras, y hacer lo que quería sin ayuda de otras personas. La gente en España entendía el significado de mi bastón blanco. Sí que tocaban mis brazos para decir cuidado cuando estaba cruzando la calle, pero no era de manera mala, era en una manera española. Los españoles no pensaban que yo fuera diferente, era normal. En España, era una persona, podía hacer todas las cosas que personas con visión total podían hacer. Ya me había dado cuenta de eso pero los eventos de un día en particular lo clarificaron.

Era un miércoles y estaba caminando en las calles de Salamanca. Estaba regresando a mi casa para comer la comida. Recibí un mensaje de mi madre española que se llamaba Lola. El mensaje leyó, “Holly, ¿dónde estás? Olvidé una cebolla, ¿tú puedes ir al mercado en la esquina cerca de la tienda de mascotas para comprarla para la ensalada?”

Inmediatamente después de que yo leí el mensaje una sonrisa apareció en mi cara. Nunca en mi vida había podido ir a un lugar para hacer las diligencias. Vivía en los Estados Unidos en un pueblo rural y asistía a una universidad en una ciudad sin transportación pública. Esa cultura no era conducente a una persona que no conducía, una persona con discapacidad visual. Ese día en Salamanca, fui al mercado usando mi bastón blanco. El mercado estaba ruidoso, hacía calor, y había mucha gente. Había olores de pescado, especias, naranjas y personas sudorosas. Estaba un poco nerviosa con mi bastón y visión limitada pero usé mi nariz y mis orejas para encontrar las cebollas porque los vendedores estaban gritando “Verduras, verduras”. El olor era muy fuerte y oí el vendedor que estaba gritando. Compré una cebolla grande y continué caminando a mi casa.

Durante ese camino, me di cuenta de que podía hacer cosas “normales” que no había podido hacer en el pasado. Podía ayudar a mi madre, podía ir a la tienda de comida, podía vivir sin ayuda. Cuando regresé a mi casa y di la cebolla a Lola, hice el FaceTime con mi madre. Conté los eventos del día a mi madre y empecé a llorar. Lloré con alegría, porque un sueño de toda mi vida se había convertido en la realidad. Yo era “normal”, igual, y no me sentí diferente a mis compañeros con toda la función de sus ojos. Esa cebolla era muy importante para mí y representaba la independencia y libertad. Por primera vez, sentí que era una persona completa, sin discapacidad, y sentí que estaba en el lugar correcto, en un lugar donde pertenecía.

En las semanas después del viaje al mercado, pensaba mucho en mi vida y el resto del año. No quería regresar a los Estados Unidos, un lugar donde tenía que recibir ayuda de otras personas para todas las cosas que no estaban en mi casa o en el campus de Wofford. No quería regresar a esta vida, quería quedar en el lugar donde yo pertenecía.

Para quedar mandé muchas solicitudes de becas, conté a mi madre sobre mis deseos y expliqué mis deseos a mi universidad en los Estados Unidos. Cuando recibí todos los permisos para quedar, me sentí feliz otra vez. Tuve mucho tiempo para vivir en un lugar donde yo podía ser normal. No podía perder mi tiempo aquí. Tenía que hacer todo lo que yo quería.

Para desarrollar mi libertad en mi vida nueva, fui a Inglaterra para visitar a mi amiga que estudiaba allí. Cogí el autobús al aeropuerto en Madrid, me quedé en un hotel, fui al aeropuerto y encontré el guía de los servicios para los ciegos sin ayuda. Los guías entendieron cómo ayudar a personas con discapacidades visuales y eran respetuosos.

Eso fue muy diferente a los aeropuertos en los Estados Unidos. En el aeropuerto en Charlotte y en otros aeropuertos en mi país, los guías pensaban que todas las personas con discapacidades tenían que estar en un sillón y no podían caminar. En vez de esa humillación, en

Madrid fui a mi avión con la guía y hablamos sobre mis viajes. Fue refrescante vivir en un país donde yo era normal y no era objeto de tristeza o lástima.

Lo mismo pasó en Inglaterra. Las personas no me tocaban (y estaba muy feliz de tener un descanso de esta costumbre de los españoles) pero preguntaban si necesitaba ayuda y entendían que podía hacer cosas sin ayuda. Además, no me miraban en una manera de hostilidad cómo en los Estados. Otra vez, me di cuenta de que estaba haciendo lo que necesitaba para ser libre.

Mi confianza desarrolló más y más durante mi segundo semestre en España. Tomé clases más lejos de mi casa, viajé a más países con amigas, y a veces guiaba a amigos a los bares de Salamanca porque sabía direcciones más que las otras personas que no habían estado en España por tanto tiempo. Continuaba yendo de compras, comprando cebollas (y otras necesidades de la casa) y aprendí que yo podía hacer todo que lo quería si trabajaba duro y usaba mi mente para hacerlo. Mi última experiencia fue durante el verano. Recibí más becas para ir a Dublín para una práctica de finanzas. En este lugar, tuve que coger un bus de la ciudad, una ciudad grande que es la capital de Irlanda. Los primeros días tuve mucho miedo. No podía comprender cómo usar un bus público cuando no puedes ver los números de los buses. Encontré una App de iPhone que decía las horas, números, y horarios de los buses. Con esa App podía ir a mi trabajo.

El último examen de mi independencia ocurrió un día en julio. Mi jefe estaba feliz que el tiempo estaba bueno y no llovía (algo raro en Irlanda), y él me dijo que podía salir temprano para disfrutar el sol y el día bonito. Durante mi tiempo, fui a dos iglesias; la catedral de San Patricio y la catedral de Christ Church. Fui sola y usé mi App del bus y los mapas de google.

Tenía mucho miedo pero (con un poco más tiempo) llegué a la catedral y visité los sitios católicos allí. Después, fui a una película sola- algo que nunca podía hacer en el pasado- y fui a un restaurante vegano para cenar. Durante este tiempo pude pensar y pasar tiempo conmigo

misma. Pensaba en mi confianza. Nunca en mi vida me había sentido más libre, independiente, normal, y feliz.

Fueron eventos simples pero muy significativos para mí. Durante mi infancia nunca pensé que este tipo de vida fuera posible. Cuando me di cuenta de que estaba parcialmente ciega, pensé que mi vida iba a ser triste, una vida inferior y sin libertad completa. Ahora entendí que a veces necesitaba ayuda, pero personas sin discapacidades también necesitaban ayuda a veces. Nadie está completamente libre ni puede vivir completamente independiente. En este momento me sentí en paz y no podía creer que empezara con una simple cebolla.

Relatos

“Capítulos”

Phyllicia Colvin-Panton

Yo sé que cuando los personas dicen, “mi experiencia en el extranjero me cambió realmente,” y “fue la experiencia mejor de mi vida,” puede ser cliché, pero de verdad tuvo un impacto enorme, y ocurrió en uno de los momentos difíciles en mi vida. Creo que eso es lo que hizo mi experiencia muy personal o complicada porque tuve que navegar a través de la oscuridad de mi dolor para encontrar la felicidad que está en el interior de mi experiencia. Yo siempre había soñado con estudiar en el extranjero por un semestre desde mi visita primera a España cuando estaba en la escuela secundaria. En el fin de mi primer año en la universidad, yo decidí comprometerme a estudiar español porque sabía que sería necesario estudiar en el extranjero – y era la única manera en que podía convencer a mis padres. Elegí estudiar por un semestre en un país de América Latina por causa de la cultura diversa y un tema de interés, que fue la justicia social.

Creo que hice la decisión subconsciente de estudiar en Chile cuando elegí presentar sobre la política y la cultura de Chile en muchas de mis clases de gobierno y español. Durante muchos meses previos a mi semestre en el extranjero, investigué el clima político y social de Chile porque quería conocer el país antes de mi llegada, pero descubrí que mis esfuerzos eran la punta del iceberg. Tenía confianza en mis habilidades cuando yo llegué a Chile, pero la perdí después de la primera semana. En el fin, mis habilidades lingüísticas habían mejorado mucho, y por supuesto creía que Chile podía ser mi segundo hogar, pero yo estaba insegura de las otras cosas en mi vida, como mi carrera futura como abogada. Mi mundo giró al revés durante esos meses, y he estado en vértigo desde entonces.

No te compliques

No hablé español por las primeras seis semanas que viví en Chile. Bueno, no es verdad. No hablé en frases complejas por las primeras seis semanas que viví en Chile, sin la excepción de unas conversaciones con mis amigos estadounidenses, pero nunca con los paisanos. Me sentí como si estuviera en español de la escuela secundaria donde sólo podría decir, “Hola, me llamo Phyllicia.” Aunque no tenía confianza en mis habilidades lingüísticas, quería ser productiva. Así que yo pasé las primeras semanas observando las conversaciones y los comportamientos de los paisanos. Sólo hablaba en frases cortas que eran claras y concisas y mi idea principal era clara, así que nadie tenía preguntas. Participaba en clase cuando yo tenía que hacerlo, pero no expresaba mis ideas complejas.

Durante los meses previos a mi semestre en el extranjero, practiqué mi español mucho, pero nada me preparó para el torbellino que es el español de los chilenos. Los chilenos hablan muy rápido y tienen su propio dialecto y frases que son muy específicas a la región. Muchas veces, ellos tenían que preguntarme si necesitaban hablar muy lento porque parecía muy confundida. Los primeros minutos de cada clase español, pasábamos discutiendo los *chilenismos*, expresiones chilenas, que aprendí en las conversaciones. En Chile, aguacate es palta. Dice, “¿Cómo estai?” en vez de “¿Cómo estas?”, y “¿cachai?” en vez de “¿entiendes?”. No fue una sorpresa que me tomó seis semanas para tener una conversación completa. Mi mamá anfitriona era tan amable para disculpar mi falta de habilidades de comunicación oral debido a mi aparente timidez. Nuestras conversaciones consistieron de su hablar y mis respuestas de un conciso *no*, *sí*, o un mensaje de Whatsapp. No sé cómo formamos una amistad cuando las conversaciones eran de un lado.

Cuando finalmente hablé, sorprendí a mi familia anfitriona. Estábamos sentados en la cocina tomando once, una colación en la noche, y mirando las noticias como una noche normal. La noticia fue de la elección y el debate presidencial en los Estados Unidos. Yo había creído que estaría muy alejada del caos político en los Estados Unidos, pero estaba equivocada. Estaba más consciente que nunca, y no podía alejarme porque me sentía como una representación de todos los estadounidenses. Me molestó la noticia que las palabras comenzaron a derramar de mi boca. Le sorprendió a mi mamá anfitriona un poco porque ella no me había oído hablar tantas palabras antes. Estaba un poco avergonzada, pero ella me aseguró que mi español no era perfecto, y podíamos practicar juntos.

Dejé de pensar en cómo otras personas juzgarían mi español, lo que mejoró mis habilidades orales porque podía hablar más libremente. No estaba tan nerviosa como al principio cuando pedía en un café o restaurante. No me asustaba responder a preguntas o tener conversaciones con los paisanos. Expresaba más de mi personalidad a través español en vez de esconder quién era para sobrevivir en Chile.

El dolor en español

No puedo hablar de mi semestre en el extranjero sin la mención de uno de los peores momentos de mi vida. Había sentido el dolor muchas veces antes, pero ninguna de esas veces me preparó para este momento. En los Estados Unidos, mi primo, a quien consideré mi hermano y mejor amigo, murió mientras yo estaba en Chile. Yo había estado en Chile durante dos semanas. Me desperté ese sábado por la mañana y comprobé todas mis redes sociales, como lo hago cada mañana antes de vestirme. Sin embargo, esa mañana fue diferente. Muchas personas de mi ciudad hablaban sobre mi primo, y yo estaba confundida y asustada. Inmediatamente,

llamé mi mamá, pero no contestó el teléfono, así que llamé a todos los que conocía hasta que respondieron. Cuando me dijeron la noticia de su muerte me devastó, y estaba desconsolada. Mi mundo entero se rompió.

Su muerte y mi dolor impactó toda mi experiencia y consumió mi mundo. La barrera del idioma hizo muy difícil hablar de mi duelo. Me asignaron una consejera, pero nuestras sesiones eran fútiles porque no podía explicar cómo me sentía ni en español ni en inglés, y ella no podía ayudarme en su inglés áspero: estábamos perdidos en la traducción. Mi dolor me hizo más abierta a la exploración porque no quería perder una de las pocas oportunidades que tendría de vivir en el extranjero. Tomé cada oportunidad que tenía para descubrir más de Valparaíso, sola o con amigos o mi familia anfitriona. Durante mis días libres, tomaba el micro a Viña del Mar, la próxima ciudad, para explorar las tiendas y los restaurantes. Yo descubrí que me gustaban mucho los completos, un perro caliente cubierto en palta, tomates picados y mayonesa. Se convirtió en mi nueva obsesión de la comida callejera.

Cuando hacía buen tiempo, mi mamá anfitriona y yo visitábamos Reñaca, una ciudad cerca de Valparaíso. Aquí, las casas eran modernas y grandes, y tenía una buena vista del océano, pero falta de carácter. Parábamos por un camino arenoso en el lado de la carretera que nos llevó a los acantilados que pasan por alto el océano. Miraba el sol se reunieron con el horizonte y desaparecer en las olas que se ponía sobre la costa que se extiende desde Valparaíso a Concón. Las olas salpicaban contra los acantilados y el aire olía fresco y limpia: me relajaba. El momento era tan tranquilo y bello que yo lloré. Lloré por la persona que perdí.

Señorita Independiente

Había recuperado parte de mi confianza por el tercer mes que vivía en Chile. Me convertí de una mujer que no podía hablar una palabra de español en alguien que pensaba que podía navegar una ciudad sin ninguna ayuda. Era estúpida, pero aprendí mi lección: siempre pida la dirección más clara, no importa cuánto cueste a mi orgullo. Tenía que encontrar con una organización de mujeres en Reñaca Alto, una población, como investigación para mi estudio independiente. Había estado en Reñaca Alto una vez, pero estaba acompañada por mi consejera, por lo tanto mi sentido de la dirección era limitado. Sabía dónde subir al micro al Reñaca Alto, pero no sabía dónde bajar. Si no hubiera sido por la ayuda de una vieja señora agradable y un conductor amable, entonces no habría asistido a mi reunión, o peor me habría atascado en Reñaca Alto.

Así comenzó el inicio de mi investigación independiente. Investigaba el feminismo e inclusión entre las clases sociales, que tenía muchos factores. Durante mi viaje, me reuní con unas mujeres increíbles, y tuve conversaciones esclarecedoras. Durante este proceso, empecé a comprender que quería hacer más trabajo sin fines de lucro en el futuro, como algunas de las mujeres que conocí durante mi investigación. Cuanto más entendí este cambio del corazón, más me confundió. Los planes que había hecho para mí desde que era una niña, que incluían ir a la escuela de derecho y convertirme en un abogado, desaparecían. Mis planes previos fueron inexistentes. Sabía que el fin de mi investigación sería el fin de ese capítulo. Tenía miedo de este cambio porque estaba entrando en lo desconocido. Toda mi vida había andado el camino que me llevaría a convertirme en abogada, y ahora estaba eligiendo un camino diferente.

Chao

Al igual que mi viaje sola a Reñaca Alto, sabía dónde comenzaría mi camino en Chile, pero no sabía dónde terminaría. Había cambiado, y no sabía si era para bien o para mal. No creía que mi cambio fuera malo, pero no estaba segura si era adecuado para mí. Aunque no estaba segura de mi futuro, sabía que no quería salir de Valparaíso porque finalmente sentía un poco de paz. En mi último día, mi mamá anfitriona cocinó mi comida favorita, completos y sopapillas, para toda la familia. Miré alrededor del comedor y traté de memorizar todas las caras de la gente con la que me había encariñado. Mi corazón se llenó de alegría y no quería dejar la comodidad de este lugar, que se había convertido en un segundo hogar para mí. No quería enfrentarme a las duras realidades de mi mundo que habían cambiado tan rápidamente en tan pocos meses, pero tenía que hacerlo.

“Auténtico”

Helen Cribb

Los blancos ya están aquí cuando llego con el agua. Respiro lentamente y oculto mi enfado.

Me desperté temprano esta mañana porque necesitaba traer agua para las personas del pueblo. No necesitamos mucha, pero el agua es muy pesada: por eso, odio esta tarea. Prefiero cuidar a las cabras y vacas, pero hoy me toca a mí llevar el agua. Kombobi lo hizo ayer. Empecé el viaje muy temprano—el camino a la fuente de agua cuesta dos horas, en cada dirección, y el sol ya está quemando la tierra a las nueve de la mañana.

Salí de mi choza en la oscuridad: hasta las cabras y los bebés todavía dormían. Pasé por la choza de Kombobi. Mi esposo eligió a Kombobi como esposa sólo dos años después de que nos casamos. Tengo orgullo de que mi esposo ya pueda tener otra esposa: indica que ya tenemos más recursos que necesitamos. Aunque tengo orgullo, también quisiera que ella no tomara tanto el tiempo de mi esposo. Antes de ella, todo su tiempo era mío. Mi esposo pasa casi cada noche en la choza de ella, porque ella no ha tenido un hijo, y ya he tenido dos.

Olvidé mis celos durante el camino a la fuente de agua. Ella cuida a mis hijos cuando no estoy y, por eso, estoy agradecida por la esposa jovencita. Cada día, doy gracias a Mukuru por aumentar nuestra familia y pido el embarazo de Kombobi. Ayer, Kombobi hizo el viaje largo para el agua, así que yo lo hice hoy—compartimos un esposo y compartimos los quehaceres. Ahora, hay más manos para preparar la comida, para cuidar a las cabras, y para hacer la joyería tradicional de nuestra tribu. Además, ella tiene las manos mejores para hacer el estilo de pelo tradicional. Sus manos son ligeras y pequeñas.

Pues, no puedo quejarme sobre la nueva esposa. Antes de ella, todo me preocupaba. Especialmente los visitantes que entraban en mi casa y tocaban la piel de mis hijos sin la supervisión de una de nuestras propias mujeres. Ahora me gusta traer el agua por una razón: provee una oportunidad de escapar, por un rato, a los visitantes que, cada día, deambulan por nuestro pueblo. Cada día, empiezan a

llegar muy pronto—no pueden estar en el sol ni en el calor del desierto Namib después de la mañana. Su piel blanca, sin la protección de la tierra, se quema, y sus caras se ponen rojas rápidamente.

Los blancos ya están aquí cuando llego con el agua. Cuando llego a mi pueblo, Chioto—un hombre de nuestro pueblo—hace gestos en mi dirección. Les dice a los visitantes algo en su idioma. Algo sobre el agua y el viaje, supongo. Unos de los blancos me miran con expresiones de curiosidad; otros con respeto. Pero no hay lugar para respeto en esta situación. Los blancos han invadido mi casa. Están mirándome con ojos críticos, juzgándome.

Chioto creció en nuestra cultura y ahora quiere ser parte de nuestras vidas. Pero, el salió de la tradición para vivir en la ciudad y asistir a la universidad. Ahora, no puede ser completamente parte de nosotros. Chioto dice algo más a los blancos—entonces, se me acercan. Me preparo para saludarles; en este momento, recuerdo que este trabajo—no la tarea de traer agua—es mi menos favorito.

Un grupo de blancos más numeroso que nuestro pueblo se me acerca...y tengo que dar la bienvenida a todos con el apretón de manos tradicional.

“Moro, peri vi, nawa,” digo. Tomo la mano torpe y suave de la chica con el pelo rubio.

“Moro, peri vi, nawa,” digo. Este intruso responde con las mismas palabras.

“Moro, peri vi, nawa,” digo en monótono. Tomo la mano de otro blanco.

“Moro, peri vi, nawa,” digo. ¿Por qué tienen todas estas manos perfectas?

“Moro, peri vi, nawa,” digo. Tienen las manos de niños que no conocen el trabajo.

Después de saludar a cada visitante, recojo el agua pesada otra vez y continuó a las otras mujeres del pueblo. Están cocinando ahora y necesitan un poquito de agua. Puedo sentir las miradas fijas de los blancos cuando me voy. Tomo mi asiento cerca de Kombobi, y espero el próximo autobús lleno de blancos con piel quemada. Pienso en mis hijos. ¿Dónde están? Miro alrededor del pueblo, y veo a la menor: está jugando con la cámara de un blanco.

Recuerdo aquellos días. Días de no entender el peligro de sentirme como un objeto. Me gustaba ver mi propia cara en la pantalla pequeña; me gustaba ver claramente el estilo de mi pelo; me gustaba ver

el contraste entre mis dientes blancos y mi piel cubierta en la tierra naranja de nuestro desierto. Ahora, entiendo. Esas imágenes nos distraen de Mukuru y de nuestros hijos y de la amistad entre mujeres.

Miro a mi hijo. Está siguiendo a Chioto. Quiere entender el idioma de los blancos, y sigue a Chioto como una cabra perdida. No quiero que tenga este deseo. Este deseo va a tomarlo de nuestras vidas y del futuro que tiene aquí. Miro cuando Chioto saluda al próximo grupo. Mi hijo sigue. El apretón de manos. El saludo tradicional.

Entonces, siento un cuchillo, penetrando mi corazón: mi hijo ha tomado la mano de un blanco, y responde al blanco en *su* idioma en vez de palabras nuestras.

Aunque la curiosidad que tiene mi hijo me pone triste, estoy agradecida por su deseo de aprender. Mi padre me dio la misma actitud cuando era niña; en parte, las visitas de los blancos son la culpa de mi padre. Incentivamos estas visitas, porque pudimos ganar dinero para construir la escuela pequeña del pueblo, en donde mis hijos y yo hemos aprendido sobre las ciencias y la historia de nuestra cultura.

Estoy contenta con este conocimiento. Estoy preocupada porque, para mis hijos, puede ser que no quieran límites en su educación. No quiero limitarles—sólo quiero preservar nuestra cultura. La cultura auténtica; la religión y los festivales que celebran a Mukuru; las tradiciones que tienen los hombres cuando se quedan alrededor del fuego; el estético que tiene nuestra gente; y la unión que tenemos con la naturaleza de este desierto. Quiero preservar la cultura. La cultura auténtica.

Mis ojos regresan a mi hija: está jugando con las hijas de mis amigas. Parpadeo.

Ahora, está distraída por el grupo de blancos que entran al pueblo por la entrada simbólica, marcada en la tierra densa. Ella corre al grupo y se esconde detrás de su hermano mayor. Ella lo respeta a él por su conocimiento de la cultura de los blancos y por su comodidad con ellos. ¿Ella me respeta a mí?



En nuestro círculo de mujeres no decimos nada; nunca hablamos de los blancos. Hay unas cosas entendidas sin discutir. No queremos entretener a los blancos, y su presencia no es bienvenida. Nos preparamos para las fotos y llaman a las niñas mayores para que puedan traer su joyería artesana. Podemos venderla a los blancos, quienes quieren preservar la memoria de las mujeres con la piel naranja que no llevan camisas.

Los blancos vienen más cerca. Mis hijos regresan a mi lado. Toco las dos trenzas de mi hija, que representan su niñez. Ellos llaman a uno de los blancos. Quieren

mostrarme la imagen que él tiene de ellos en su cámara.

No quiero verla. No quiero que el blanco se sienta especial.

El blanco levanta su cámara a su cara. El conocido movimiento de pulsar el botón. Ahora, me ha capturado en la imagen congelada en su cámara.

Espero que mi expresión en la imagen sea triste. Pero, cuando él regresa a la foto, él no va a ver tristeza. Sólo va a ver a la mujer del pueblo Himba. La piel naranja y las pulseras de tobillo que está llevando. No sabrá que el color de la piel me une con la tierra, y que las pulseras me protegen de los colmillos de serpientes desérticos. Va a recordar la experiencia auténtica de visitar a un pueblo real. Va a recordar a mis dos niños con una imagen: un momento pequeño de millones. Yo tengo los millones.

Para él, los millones no son importantes. Sólo quiere la experiencia auténtica. Aprendió el apretón de manos tradicional y el saludo también. Regresará a su gente con una imagen de mis hijos, a quienes no

conoce en realidad. Dará unas pulseras tradicionales a sus amigos. Por eso, pensará que ha aprendido todo de nuestro estilo de vida. Ha tenido la experiencia auténtica.

No va a saber nada de mi hijo, cuando él abandone nuestro pueblo porque quiere asistir a la universidad. Ni de mi hija cuando un hombre blanco toque su pecho desnudo sin permiso.

Lo más importante es que tenga la memoria de la cultura auténtica. La memoria de estar en el safari y mirar a los animales en su hábitat natural. La memoria de los Himba.

Entro a mi choza y encuentro una cámara dejado por un visitante.

Esa no puede ser la vida auténtica.

“Llena la botella”

Lydia Estes

El diseño cuadriculado, de amarillo y negro, es famoso por todo mi pueblo, Moshi, Tanzania. El cuerpo blanco tiene sus marcas y el interior de la puerta corredera que está en el lado izquierdo—no hay otra puerta para mis pasajeros—ya no existe, a veces tengo que alcanzar detrás de mi silla de conductor para que los pasajeros puedan irse. Mi camioneta es vieja, ciertamente, pero funciona. Es como mi filosofía—vieja, pero funciona.

Conozco a todo el mundo y todo el mundo me conoce a mí. Todos reconocen mi camioneta y me sugieren a nuevos clientes porque la gente de Moshi sabe que mi servicio es respetable. Estoy contento vivir en Moshi, con mis hijas y esposas, donde tengo amigos de varias profesiones. En este pueblo, tener el éxito es tener las conexiones personales. Y ésta es la filosofía. Entendemos que es tradicional, pero repito: funciona.

Hay ropa musulmana para los hombres, pero prefiero no llevarla. Cada mañana me visto en jeans y una camiseta. Hay filosofía musulmana, también, pero a mí no me importaba este estilo de vida hasta, un día, cuando tenía treinta años y era conductor de coche de carreras. Yo regresé a casa después de ocho, nueve cervezas y casi dos horas en el bar. Estaba borracho, muy muy borracho, pero no me importaba. No me importaba nada en esos días. Las cervezas borraban todo de mi mente. Me despertaba cada mañana más enojado que el día pasado. Un vistazo al espejo y las botellas vacías de repente se llenaban de frustración, confusión, y duda. Mucha duda.

El próximo día yo tuve una carrera. Colisioné con otro camión—todo ocurrió tan rápido, por supuesto—y luego mi mano se enredó en el volante cuando mi coche rodó tres veces. No tuve

ninguna opción sino arrancar mis dedos totalmente de mi mano derecha. Ya no bebo. Ya no compito en las carreras. Afortunadamente, encontré trabajo como taxista con el crecimiento de turistas en Moshi—las expediciones de Kilimanjaro empiezan en Moshi, así que hay muchos turistas.

Estoy aquí, hablando a vosotros, porque hay otro día en que mi mundo rodó. Era el principio de junio, y Ramadán había empezado. Salí de Moshi a las dos de la tarde. Era sólo un viaje más al aeropuerto para dar la bienvenida a otro grupo de voluntarios internacionales que frecuentemente vienen a Tanzania (pero los grupos raramente se quedan por más de dos semanas). El líder del grupo, Rebecca, había venido en enero cuando hacía calor. Esta vez, Rebeca ha regresado con otras personas, estudiantes universitarios de los Estados Unidos. Eran un grupo de siete mujeres y un hombre.

“Karibu Tanzania,” les dije cuando recibía sus maletas.

“Asante sana,” los ocho me respondieron. *Supongo que Rebecca les había preparado (¿?).* Me parecían tener sueño, y el viaje entre el aeropuerto y Moshi fue silencioso. Ahorita, me río cuando pienso en los últimos viajes con ellos que ellos y yo teníamos al final de las diez semanas que siguieron ese primer viaje.

La primera semana fue simplemente un intercambio de moneda. Recibí mensajes como, “¿Puede usted traerme al gimnasio? Estoy en mi oficina,” o “Necesito ir al mercado, ¿está disponible?” Era muy difícil—todavía no sé mucho inglés. Pero como taxista, he aprendido un poco para comunicar con mis clientes. También me río cuando pienso en los últimos momentos con Zainab y Helen en comparación a la primera mañana en que les ayudé a comprar teléfonos celulares. Tenéis que entender que es un proceso allí en Tanzania, y tengo un amigo que prepara

los celulares y trabaja cerca del banco mayor. Helen me hizo muchas preguntas, pero me gustaba responderle.

En las próximas semanas, yo formé relaciones personales con cada miembro del grupo. Transporté a una mujer, Elizabeth, a la clínica porque yo noté un cambio en su energía que típicamente era más emocionada. Elizabeth estuvo enferma por unos días. En estos tiempos, no colectaba ningún dinero para mi servicio porque la verdad es que nos habíamos hecho amigos, y los amigos no pagan a sus amigos cuando están enfermos. Alcanzamos nosotros un nivel de relación que nunca he llegado a tener con ningún turista. Quiero decir que este grupo era especial.

Todo el tiempo que pasamos juntos estaba en mi camioneta, pero nuestras relaciones penetraron a la vida diaria. Les ayudé con sus planes para el fin de semana. A veces le traía a mi hija menor y a las mujeres del grupo siempre les gustaba. Cuando me pidieron sugerencias de restaurantes, les mostré mis restaurantes favoritos. Si Helen no quería ir al mercado y practicar su swahili con las *dadas*¹⁰ del mercado, le ofrecía quedarse en mi camioneta y yo compraba los productos por ella. Para finales de junio, ya éramos amigos tan buenos que me invitaron los ocho amigos nuevos a celebrar mi cumpleaños con ellos. Aquí en Tanzania típicamente no lo celebramos—y en realidad no estoy seguro de que el 22 de junio sea mi cumpleaños verdadero—pero me gustaba la amistad que estaba creciendo.

Pues, les dije que podíamos comer por la calle. Durante el periodo de Ramadán, hay mucha comida al anochecer para que los musulmanes puedan hacer el *iftar*¹¹. En esa noche, paré mi camioneta y todos nosotros fuimos a la calle. El olor de *samosas*¹² y *chapati*¹³ y los sonidos de

¹⁰ quiere decir “hermanas” o mujeres

¹¹ cuando alguien rompe el ayuno como práctica de religión

¹² como una empanada india

¹³ tipo de pan sin levadura

espíritus levantados por la bienvenida de comida en bocas salivadas. Cuando veía a los estadounidenses tratar todas las comidas diferentes, yo pensaba en la manera en que yo solía pasar mis noches antes de mi accidente, antes de este grupo.

Un día—era el fin de julio—Helen y yo estábamos en mi camioneta. Le había visto crecer en sólo siete u ocho semanas. Ella y yo teníamos bromas privadas; nuestra amistad era especial porque a ella le gustaba preguntarme de cosas grandes.

“¿Cómo sientes cuando ves tu mano?” Helen me averiguó.

“¿Por qué eres taxista si una colisión de coches causó tanto dolor en tu vida?”

“¿Vas a extrañarme cuando me vaya de Tanzania?”

Agradecido.

Me dio el accidente mi nueva vida.

Sí.

Pues, una de nuestras bromas privadas desarrolló porque Helen me dijo que no confiaba en mí en un tono lo bastante sarcástico que yo entendí su intención. Era un juego para ella. Entonces yo jugué el papel, yo participé en el juego e hice todo para ganar su confianza.

“Como deseas,” le dije a Helen. “Tu deseo es mi mandato,” le recité a ella en mi mejor acento de genio.

Sin embargo, el juego se transformó en algo diferente. Nos hicimos tan buenos amigos que Helen me cuestionaba. A veces había tensiones entre ella y yo. Pienso que ella era el miembro designado del grupo que planeaba sus viajes por los fines de semana y la logística de la vida diaria, como los quehaceres y cenas después del trabajo. Pero me di cuenta de que ella se sentía bastante cómoda revelando sus frustraciones en frente de mí. Era honesta, era real conmigo.

Luego, este día en julio, estaba manejando la camioneta. Nos acercamos al hostel, solté el volante y le mandé a Helen, “¡Tómalo!”

Ella lo tomó. Ella estaba riendo y riendo...Entre sus risas, ella me pidió asir del volante de nuevo. En lugar de tomarlo, le pregunté, “¿Confías en mí?” Ganamos velocidad y le pregunté otra vez, “¿*Confías* en mí?”

“¡Sí! Sí, sí,” Helen exclamó. Yo así del volante. Helen hizo silencio y no se despidió de mí.

Vosotros podéis imaginar que despedirse de ellos fue tan triste. Nunca he tenido un grupo que recibiera al aeropuerto que transformaron en un grupo de amigos. Sin embargo, entendí que su verano había terminado. Almorzamos en mi restaurante favorito, donde a Helen le gustaba comer y conocer a los hombres viejos de Moshi que pasaban sus días leyendo el periódico y jugaban a las cartas. Era mediados de agosto y nos despedimos en el aeropuerto, diez semanas después de su llegada, pero ese viaje a Moshi era más silencioso que el primero.

No puedo creer que esté hablando aquí en este día tan triste. Cuando recibí el mensaje gracias a Thomas, yo lloré y lloré. No tenía ninguna idea de que Helen estuviera sufriendo. Ojalá que yo hubiera notado los momentos cuando Helen guardaba silencio, cuando Helen se quedaba en el hotel cuando el resto del grupo fue al restaurante para cenar, cuando Helen escuchaba tan intencionalmente mi testimonio. Ahora entiendo por qué ella y yo nos hicimos tan buenos amigos; ella entendía el sufrimiento mío antes de que yo descubriera mi filosofía, esta vida nueva. Yo había estado perdido—pero para Helen, yo era su faro y ella era un bote. Contra viento y marea, encontré la costa y ella no.

Yo paré de beber después de mi accidente porque yo vaciaba las botellas, pero todavía yo estaba vacío. Necesitamos personas que puedan llenar nuestras botellas. Nunca pensé que yo encontraría a una estudiante estadounidense tan joven que pudiera llenar mi vida con tanta

esperanza después de mi accidente, después de años de ser un alcohólico. Sed vosotros como Helen—asid del volante. Llenad las botellas, no las vaciéis. Tu deseo siempre es mi mandato, Helen. Que descanses en paz.

“Una historia incalculable”

Emma Hauser

¿Qué es el poder? Hay muchos tipos y manifestaciones del poder en nuestro mundo, pero ¿quien decidió cómo distribuir ese poder? Donde yo vivo, el mundo no tiene la igualdad, pero es así en muchas partes del mundo, ¿verdad? Sin embargo, voy a ganar. Aprenderé, voy a hacer mi trabajo y cambiaré el futuro. Yo puedo recordar el momento como si fuera ayer, el sol más fuerte de todos los días. Cruzé el río que es la frontera entre los países de la isla. Entré a una vida nueva en un país que nunca he conocido cerca de la ciudad Dajabón. Caminé a través del país, llegué a la ciudad corazón: Santiago de los Caballeros.

Hoy en día, vivo aquí sin mi familia porque yo crucé solo hace cuatro años. En adición, tengo que trabajar y mandar el dinero para financiar a ellos. En mi hogar, en mi país nativo, mi madre tiene una granja pequeña que alimenta a mis hermanos. Éramos ocho y todos hacen algo para ayudar. Muchas veces compartimos la cosecha con mis abuelos o mis tíos si es abundante. Nuestro departamento se llama Artibonito y tengo ganas de regresar. Yo pienso en el pasado mucho. Yo sé que necesito enfocarme en el futuro, pero a veces, puede ser difícil.

Cuando estaba caminando por la calle yo tenía mi empresa portátil en la mano derecha y mi mochila en la espalda, como todos los días. Llegaba al parque cuando un hombre me paró y pidió un lustrado de zapatos y naturalmente yo lo hice. Un día sí y el día siguiente también, yo hacía la misma cosa por veinticinco pesos, pues soy un limpiabotas.

“Limpia más rápido chico, tengo que irme” dijo el hombre con un cigarro entre sus labios.

Cumplí con sus requisitos sin las palabras porque no entendía todo lo que decía. Mi lengua nativa es muy diferente a la de aquí y todavía no tengo un entendimiento completo.

“Muchas gracias señor,” dije con un acento fuerte.

Él me dio veinticinco pesos, no me contestó y caminó por la calle. La vida es así, y en el sol sudo mucho, pero tengo una responsabilidad a mi familia y a mí mismo. Continué por el camino y pasé una escuela primaria con los niños en la cancha. Jugaban al baloncesto. Paré un rato para mirar el monumento que ésta en el centro de la ciudad. Hay una estatua encima, de un hombre, el nombre no puedo recordar, alguien importante porque nadie sin importancia tiene una estatua en la parte más conocida de la ciudad. Aquí es donde gano mi dinero muchas veces. A las personas les gusta venir para beber y pasar tiempo con sus amigos, así que uso las oportunidades cuando se me presentan. También, uso el espacio para pensar, especialmente cuando tengo recuerdos del pasado que no salen de mi mente. Ningún día pasa en que no pienso en esas cositas que cambian el curso de mi vida.

Tenía seis años cuando el terremoto sacudió la tierra debajo de mis pies. Como una escena de una película, estaba caminando por un colmado para comprar un poco del arroz. Mi madre preparaba la cena en mi casa cuando se dio cuenta de que no había suficiente comida para todos, entonces me pidió que comprara más. Era un día especial, el cumpleaños de mi padre. Él tenía 53 años y mi madre le hacía *poulet aux noix*, su plato favorito. Entré al colmado con la intención de comprar mis cosas rápidamente porque sabía que mi madre las necesitaba. Pero, en un momento, el cristal se destrozó, las comidas se cayeron de los estantes y después no recordé nada. Cuando me levanté, no podía oír ni respirar, estaba en una clínica con las vendas cubriendo mis piernas y brazos.

Desde ese punto, estaba en la clínica por una semana sin el conocimiento de dónde estaba mi familia. Los médicos me decían que algo horroroso ocurrió, pero era un niño, no entendía muchísimo. Pasó una semana, los días eran más largos que el río que fluía entre los dos países

de la isla. Cuando podía, los médicos me aconsejaron que caminara en la clínica para recuperar el poder de mis piernas y eso era tan difícil. Veía mucha gente que no podía caminar. Estaban llorando por otras personas en sus familias, otros estaban buscando a alguien que conocían. Era el punto más oscuro en mi vida joven, pero no sabía la noticia que iba a recibir cuando encontrara a mi madre la próxima noche.

De alguna manera, un acto de Dios quizás, la próxima noche, encontré a mi madre con dos de mis hermanitos. No hablamos por una eternidad, sólo nos abrazamos y lloramos. Entonces mi madre me informó que mis otros hermanos y mi padre estaban muertos y ella no sabía nada sobre mis abuelos ni mis tíos. Estábamos en una pesadilla eterna y los años siguientes eran los más difíciles y duros. Teníamos que construir todo sin recursos para hacerlo bien y ahora mi familia vive en una casita con un techo de estaño débil y las paredes son de chatarra. Cuando tenía diez años decidí salir de Haití para vivir en la República Dominicana y financiar a mi madre y mis hermanos.

Ahora, estoy aquí y tengo catorce años, pero me siento como si tuviera cincuenta. No he tenido el tiempo para regresar a mi país, pero a veces mando cartas a mi madre cuando tengo los recursos y el dinero para hacerlo. Es difícil vivir solo en un país en que todavía estoy aprendiendo la lengua, pero estoy determinado a mejorar mi situación y además tengo muchos amigos para ayudarme. Mi grupo de amigos es pequeño y todos están en la misma situación o algo muy similar. Somos jóvenes, haitianos y trabajadores. Hablamos sobre los planes para el futuro, las diferencias entre los dos países y, lo más importante, cómo vamos a mantener nuestra cultura y el idioma.

Hoy, un día en que el sol es mucho más fuerte y quema mi piel, estoy en el parque cuando mi amigo me pregunta algo extraño.

“¿Tomás, tienes un gran sueño? Yo no estoy hablando en los sueños como ganar el dinero. Digo lo que puedes hacer en los meses o años que vienen.”

Eso es algo en que estoy pensando casi cada día, así que mi respuesta es simple.

“Bueno, quiero asistir a la escuela. Quiero tener el conocimiento igual a las personas que tienen todo el poder en el mundo. Es necesario tener el conocimiento de las calles y ya lo tengo, pero si tengo los secretos del mundo, voy a ser imparabile. Desafortunadamente, sin mis documentos, no puedo hacer nada de eso, pero la meta es tener el poder del conocimiento,” le digo.

Mi amigo me ve como si yo tuviera tres cabezas, pero no dice nada, sólo una inclinación de cabeza para informarme que me entiende. Mis amigos creen que no tengo un plan para lograr mis metas, pero estoy ahorrando veinticinco pesos cada día. Esa es la manera más fácil para regresar a Haití en los años que vienen, y empecé la idea hace dos años. Ahora casi tengo suficiente dinero para volver, pero todavía necesito un poco más. Es difícil proteger mis ahorros porque no tengo muchas cosas en dónde puedo ponerlos y con esos límites, se queda en una caja oscura en mi limpiabota. Esa es la cosa que siempre tengo conmigo, por eso, es la más segura. Cuando hay dos mil pesos, puedo comprar algunos billetes de una guagua que llega a Dajabón, el punto más cerca de mi casita.

En los meses siguientes, trabajé todos los días para ahorrar mi dinero con una intención en mi mente.

“Regresaré” – decía cada mañana cuando me levantaba.

Salí del parque cuando decidí a comprar una empanada. Tenía mucha hambre durante el día, pero no limpié muchos zapatos así que no pude comprar nada hasta el fin del día. Fui a un lugar dónde mis amigos trabajaban en la noche, pero cuando llegué, los empleados habían

tomado un descanso breve. Tuve un deseo intenso por una empanada con queso y pollo, por eso, decidí esperar un rato. Yo agarré mi limpiabota en las manos para protegerla, pues proteger mi dinero dentro. Estaba sólo pero repentinamente oí algo extraño, un grito en la distancia. Me congelé—fue un grito de una mujer y la próxima cosa que recordé fue un hombre directamente detrás de mi espalda con un cuchillo.

“Dame todo” él me dijo sin más.

“No tengo nada, sólo mis cosas para limpiar las botas, es la verdad señor” – dije en español chapurreado.

“¡Me oíste, maldito haitiano, dame todo!” – él gritó con inmensa intensidad.

En este momento pensé en mi familia. La sonrisa de mi madre, que era rara, pero brillante como las estrellas en una noche totalmente oscuro. Mis hermanitos que eran más altos que los árboles. Pero en el momento, pensé especialmente en mi padre y su fuerza y poder. En esta situación, no tenía el poder. En la República Dominicana, no tenía el poder ni las herramientas para obtenerlo. En este momento, yo pude sentir mi corazón hundirse en mi pecho. Di la limpiabota al hombre, él me golpeó en la boca y se fue. Estaba sólo en la calle con la sangre en mi boca, sin dinero, sin familia y sin esperanza.

Otra vez, pregunto, ¿Qué es el poder? El poder, en mi opinión, es la manera en que las personas pueden controlar algo o alguien. El poder puede corromper a una persona, una sociedad o el mundo. El poder es algo que cambia todo y, ahora, no lo tengo.

“Hoy aquí, mañana ya no”

Sarah Spiro

De repente durante su camino al supermercado, Antonio se paró en medio de la acera y miró hacia el suelo. Los paseantes se movieron alrededor de él y siguieron caminando, sin darse cuenta de lo que miró Antonio. Enfrente de sus zapatillas viejas, vio un charco de agua bien sucio. El agua se veía turbida, con un tinte de blanco, y se salpicaba debajo de los pies de un paseante de vez en cuando.

Rememoró brevemente lo que había estado en ese mismo lugar el martes, hacía sólo dos días. El tiempo había estado rico, así que Antonio había trabajado por todo el día en un dibujo de tiza justamente allí. Para ganarse la vida trabajaba en casa como programador, pero en días tan ricos como el lunes, creaba arte de tiza. Y como artista de tiza, había que aprovechar cuando el clima lo permitía. Su arte tomaba varias formas, y nunca dibujó la misma cosa dos veces. Podía ser una figura política chilena, un paisaje conocido, o quizás algo más abstracto. Dependía del día, su humor, lo con que había soñado la noche anterior, y las noticias. Lo único que tenían en común los dibujos era la técnica: de tiza blanca.

Este dibujo en particular mostró el rostro de Bob Marley, un cantante jamaicano, cantando las palabras, “One love, one heart.” Las palabras se iban de su boca, circundaban la cabeza, y llenaban perfectamente el espacio en ese cuadro de la acera. La cara era una obra magnífica, con detalle increíble creado por el contraste entre la superficie gris oscuro de la acera y la tonalidad que hizo Antonio con la tiza blanca. Se podía ver cada arruga alrededor de sus ojos tan llenos de vida, justamente arriba de sus pómulos afilados. A los hippies de Valparaíso y los turistas (además de los turistas-hippies) les encantó el dibujo, y muchos pusieron unas monedas en la caja vacía de zapatos que tenía Antonio a su lado mientras dibujaba. Pero la verdad es que

Antonio no dibujaba en una manera tan transitoria por las monedas, ni siquiera por el placer. Dibujaba así porque *necesitaba* dibujar así.

Antonio tenía 17 años cuando conoció a la Javiera en el colegio. Era el tipo de muchacha que le hace falta al mundo. Trabajadora, cariñosa, y siempre pensando en los demás. El tipo que odiaba su propio cumpleaños porque no quería que la atención estuviera en ella misma, y que te agradecía con todo su corazón por darle un regalo antes de donarlo al hospicio de vagabundos en el que trabajaba. Antonio nunca sabría por qué a ella le gustaba un chico como él, pero ellos se enamoraron rápidamente. Se casaron después de graduarse de la Universidad Técnica Federico Santa María cuando los dos tenían 23 años.

Cuando descubrieron que la Javiera estaba embarazada, compraron un departamento juntos, justamente al lado del departamento de la familia de Javiera. Javiera seguía trabajando con el hospicio de vagabundos y preparándose para la llegada del bebé. Antonio consiguió trabajo como programador con una empresa internacional en Santiago, así que en ese entonces se quedaba cuatro días por semana en Santiago con su primo. Esto era para poder pagar el viaje al trabajo, además de apoyar a Javiera y ahorrar dinero para el bebé. La Javiera nunca se quejó de que Antonio no estuviera en casa durante la mayoría de su embarazo; sabía que era una oportunidad increíble para su marido, y tenía su propia familia muy cerca. Antonio extrañaba a su nueva esposa cuando estaba en Santiago, pero era buen trabajo. Asimismo, le habían dicho a Antonio que había una posibilidad de ser ascendido.

Nunca anticipó que el día de ese ascenso sería el peor de su vida. Era el 12 de abril, el último día de la semana. Antonio iba a regresar a Valparaíso para pasar los tres días en que no tenía que trabajar. Justamente antes de que saliera, su jefe le dijo que el ascenso era suyo. ¡Antonio no podía esperar para contárselo a la Javiera! Le llamó, pero no contestó. *Mejor así,*

pensó Antonio, *¿será una sorpresa!* Salió del trabajo y notó que había mucho más tráfico que lo normal, tal vez por la mala visibilidad hoy. Caminó tres cuadras hacia la estación de bus, y le pidió al empleado un boleto a Valpo, de ida y vuelta. “Los buses no van a Valpo hoy, ni mañana. Lo siento. ¿Quién sigue?” le dijo el empleado, mirando ya a la próxima persona de la fila. Antonio se puso irritado. “Cada semana, en este mismo día, regreso por turbus a Valpo. ¿Por qué los buses no van por allí hoy?” El empleado lo miró brevemente y contestó, “Claro, pero hoy día no, por los incendios. Ahora, ¿quién sigue?”

¿Los incendios? Se agitó su estómago y Antonio se fue de la fila para buscar en internet qué estaba pasando. *Valparaíso*, buscó en las noticias, mientras el sudor congregaba en su frente. Lo que vio parecía una pesadilla más cruel que lo imaginable. Unos incendios habían comenzado justamente donde vivían Antonio y Javiera, y por las fotos, se veían más fuertes que cualquier otros que Antonio hubiera visto. Había cuatro fatalidades y un montón de heridas hasta ahora, pero la noticia no decía los nombres de las víctimas. Su corazón estaba a punto de explotar en su pecho. *Sin duda ella está segura, ¿cierto? El universo no podría ser tan cruel y dejar que pasara eso.* Caminando de un lado a otro, le llamó a la Javiera una y otra vez, orando a Dios entre las llamadas que su esposa estuviera bien. Pero nunca contestó.

No sería posible describir la agonía y el sufrimiento que llenaron los próximos días. Después de unos cinco días, Antonio caminó por lo que quedaba de la calle enfrente de su casa en Valpo. Se quedaba el humo en el aire, y entraba por sus fosas nasales. Se caían sus lágrimas encima de los restos quemados de la casa. No sabía cómo sentirse, ni qué hacer. ¿Qué cosa te puedes sentir cuando te dices que tu esposa embarazada se murió en un incendio? ¿Cómo puedes vivir cuando tu razón para vivir es quitada de ti? ¿Cómo puedes salir adelante, cuando todo lo que tuviste ayer, hoy ya no está?

Dicen que el tiempo cura todas las heridas. Si es verdad, lo bueno es que el tiempo siempre sigue. Después del incendio, el cual se llamaría más tarde “El Gran Incendio de Valparaíso,” los días se convirtieron en meses, y los meses se convirtieron en años. Antonio renunció a su trabajo, y se mudó al departamento de su hermano. Pasó una fase de ira, y de desesperanza. Pasó una fase en que se preguntaba si hubiera sido mejor que nunca le conociera a Javiera. Fue durante esa fase cuando comenzó a dibujar con tiza. Lentamente, el dolor dio paso a la aceptación, y la aceptación dio paso a la gratitud.

Dibujar en una manera tan transitoria le enseñó a Antonio a apreciar lo que tenía mientras lo tenía. A veces, las cosas hoy están aquí, y mañana ya no. Decidió que incluso si supiera que iba a pasar el incendio, él daría cualquier cosa por regresar el tiempo y estar allí con la Javiera cada día de su embarazo. Pero el tiempo sigue, y no se puede regresar. Así pues, aprendió Antonio que hay que enfocarse en las bendiciones de hoy. Una bendición no es sin valor sólo por no ser permanente. Cuando dibujaba, era como si la Javi estuviera presente dentro de sus dibujos, sonriéndole a él. Cada dibujo era una nueva oportunidad de apreciar de nuevo el tiempo y las memorias que sí tenía con ella. Si venía la lluvia el próximo día, por lo menos tuvo ese día.

Pasaron unos paseantes más, y Antonio miró por última vez ese charco de agua sucio, donde había estado su último dibujo antes de la tormenta de la noche anterior. Se sonrió, y siguió al supermercado.